

Un testimonio ruso sobre el Perú de 1818

Por César Pacheco Vélez

En los últimos lustros del siglo XVIII y los primeros del XIX son frecuentes los casos de viajeros ingleses, franceses o norteamericanos que llegan a tierras peruanas y dejan relatos de su paso. Algunos de ellos —Basilio Hall, George Lafond, Lesson, Stevenson, Robert Proctor, Haigh, Johnston— constituyen testimonios de gran valor sobre el ambiente del país en esos años intensos de la Emancipación y hasta hay algún testigo que nos ha dejado el recuerdo de acontecimientos decisivos y trascendentales de la Independencia. En cambio la relación del *Viaje alrededor del mundo en la Corbeta "Kamchatka" en 1817, 1818 y 1819* del Capitán ruso Vasili Mikhailovitch Golovnin, cuyos Capítulos II y III tratan de la navegación desde Río de Janeiro, el paso del Atlántico al Pacífico por el Cabo de Hornos y de la llegada y estancia en el Callao y Lima, que presentamos a continuación, constituye, hasta donde alcanzan nuestras noticias, el primer testimonio ruso sobre el Perú de esa época que se publica en español.

Los rusos en el Pacífico americano

La colonización de todo el continente americano fue empresa que se repartieron españoles, ingleses, franceses, portugueses y holandeses. Aunque la gran porción que correspondió al Imperio Español fue celosamente protegida de ingerencias extranjeras por un riguroso sistema aislacionista, sin embargo no se vieron libres nuestras costas de incursiones de piratas y corsarios de los países de la Europa occidental que también en estas zonas de su dominación o influencia se disputaban la hegemonía o luchaban por el arduo equilibrio europeo. Pero la presencia rusa en el continente americano sólo se deja notar a principios del siglo XVIII, cuando Europa se propone completar su conocimiento del Océano Pacífico y resolver definitivamente el problema geográfico de la unión o separación de Asia y América. Este movimiento geográfico y científico termina con el silencio de casi siglo y medio en las aguas septentrionales del Pacífico americano,

que el imperio español ha querido mantener como un lejano telón de fondo de los acontecimientos que se suscitan en el Atlántico (1).

Los cosacos rusos habían llegado a los confines de Siberia y, desde fines del XVII, habían tocado el Océano Pacífico. El Zar Pedro el Grande quiere afianzar su autoridad en esas regiones y rodearse del prestigio científico de nuevas exploraciones. En esas circunstancias se produce, en 1728, el descubrimiento del estrecho que lleva el nombre del danés Bering, quien descubre también las Islas Aleutianas, reconoce la costa americana y muere en 1741 en el mar de Bering, entre las Aleutianas y *Kamtchatka*, nombre el de esta península que tiene también el barco de guerra ruso que llegará al Perú en 1818. La península de *Kamtchatka*, descubierta por Vladimir Atlasov en 1697 y conquistada por él mismo en 1701, se convierte así, por la riqueza de sus pieles y la importancia de su situación estratégica, en un activo centro marítimo y comercial de Rusia que en 1803 es elevada a distrito administrativo y en 1812 sometida al Ministerio de Marina. Ese mismo año la región, coto cerrado ruso, fué explorada por Dobell. Ya en 1787 lo había sido por Lesseps. La exploración de esta nueva zona de influencia tan lejana a las metrópolis rusas determinó al mismo tiempo un rápido avance de la marina. Comienzan a utilizar no sólo los viejos puertos del Mar Blanco sino también el nuevo de San Peterburgo, fundado en 1703, que permitía un acceso casi inmediato al Mar del Norte y al Atlántico pasando por el Báltico. Este rápido desarrollo y poderío de la marina rusa explica la presencia de sus naves en el Mediterráneo y sus brillantes triunfos sobre turcos y franceses. Puede decirse que a fines del XVIII la marina rusa, no obstante las enormes distancias que la separaban de sus bases en el interior del Báltico, adquiere una cierta hegemonía en la parte oriental del Mediterráneo y se convierte en un poderoso instrumento de comunicación en la dilatada periferia oriental del gran Imperio. Las enormes distancias que separaban los puntos extremos en el interior de Rusia, a través de regiones despobladas y salvajes, hacían difíciles y lentos los viajes terrestres, con el agravante de los rigurosos inviernos. En el cumplimiento de estas necesidades de comunicación interna y de desarrollo de las rutas abiertas por el descubrimiento de Bering, rusos como Laptev, Prutchitchev y Cheliuskin, entre 1736 y 1742, avanzaron en el conocimiento geográfico del litoral del Océano Glacial, del extremo norte del Asia y el litoral norteamericano del Océano Pacífico. Quedó totalmente esclarecida la separación de Asia y América al mismo tiempo que surgía un nuevo espacio de exploración y dominio. Las relaciones de Bering que habían quedado inéditas en los archivos imperiales, fueron difundidas a fines del XVIII por el geógrafo Coxe y el naturalista Pallas. Se organiza entonces la Compañía Ruso-Americana, cuyas naves recorren las islas Aleutianas, y se establecen

1. Francisco Morales Padrón, prólogo al libro de Enrique Vila Vilar, *Los Rusos en América*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1965, p. 7 y ss.

en ellas y en la costa americana algunos centros de comercio que pronto se van extendiendo hasta acercarse a los territorios de la dominación española al norte de San Francisco. Como resultado de todo este movimiento geográfico y de expediciones marítimas, que tiene su expresión más característica en el gran navegante inglés James Cook, a fines del siglo XVIII queda establecida en líneas generales la carta del Océano Pacífico y se desecha la hipótesis de un gran continente austral; se comprueba que el hemisferio sur es fundamentalmente oceánico, se demuestra que las aguas ocupan en el globo el doble de espacio que las tierras y se amplía considerablemente nuestro conocimiento del mundo humano (2).

Las incursiones rusas en América, no tenían, sin embargo, un propósito imperialista. La Rusia de Catalina estaba aún despoblada. Las exploraciones tenían un objetivo esencialmente comercial —el tráfico de pieles— y secundariamente científico. Los embajadores españoles en Rusia, mal informados, exageraron el peligro de las incursiones rusas. Pero como era evidente que Francia, Inglaterra y Holanda se disputaban los territorios americanos no ocupados por España, tales informaciones estimularon la defensa de esas zonas y, a su vez, la organización de las expediciones españolas de Martínez, Fidalgo, Quimper, Malespina, Bodega y Cuadra. Fueron expediciones dignas del mayor elogio, realizadas en pequeños buques y con escasos recursos, que significaron la respuesta española de penetración hacia el norte del continente americano frente al exagerado peligro ruso, que nunca llegó a establecerse más al sur de Nutka (3). Los cálculos geográficos de los rusos en las costas de California también fueron inexactos. Su creencia de que sus posesiones estaban más cerca de las españolas de lo que realmente se encontraban los indujo al extremo recelo y alarma ante las noticias de las expediciones hispanas. Considerando que pudieran haberse organizado para apoderarse de sus establecimientos, intentaron un pacto con los ingleses ante el posible ataque español. El pacto no llegó a firmarse porque pronto se supo cuál era el carácter de las exploraciones españolas (4).

Las expediciones rusas eran organizadas desde los puertos de la costa de Siberia, donde se construían las naves. Pero la tripulación y el equipo técnico, tan importante en estos viajes de descubrimiento y exploración científica, tenía que venir por tierra, lentamente, con gastos y dificultades enormes. Se comprende que uno de los objetivos de la política rusa fuera organizar pronto comunicaciones marítimas fáciles entre la metrópoli y estos nuevos territorios del Pacífico del norte. Por largo que fuera el viaje,

2. Rolando Mousnier y Ernest Labrousse, *El Siglo XVIII* (T. V de la *Historia General de las Civilizaciones*), Barcelona, Ediciones Destino, 1958, p. 268.

3. Enrique Vila Vilar, *Los Rusos en América*, p. 89 y ss. La monografía de Vila Vilar, a base de documentación inédita del Archivo General de Indias, es el estudio más completo sobre el tema en la bibliografía española.

4. *Ibid.*, p. 41 y ss.

siempre resultaba más rápido y cómodo que el terrestre. Así ocurrió hasta la construcción del ferrocarril transiberiano, a fines del siglo pasado y hasta que, más tarde, se hizo practicable y aún con dificultad, después de su reciente calentamiento, el paso marítimo por el Estrecho de Bering.

En este esfuerzo por organizar su ruta marítima al Pacífico americano, Rusia tenía dos caminos posibles de muy desigual distancia. Uno era el del norte, pasando por el Océano Artico; el otro el del sur, dando la vuelta a Europa. El primero, más corto, y siguiendo siempre las costas rusas, desde el Mar Blanco y la costa norte de Rusia y Siberia hacia el Oriente, en ruta conocida desde la Edad Media, encontraba la dificultad de doblar el Cabo Chukotsky y otra mayor aún: la señalada de salir del Artico al Pacífico por mar, siguiendo el Estrecho de Bering. Tampoco dieron resultado los esfuerzos para abrirse paso por el noroeste, al norte de Spitzbergen, Groenlandia y América. Quedaba sólo el camino largo pero fácil del Atlántico, cruzándolo de noreste a suroeste e ingresando al Pacífico por el Estrecho de Magallanes, famoso por sus tempestades, o bien doblando el Africa por el Cabo de Buena Esperanza y tomando el camino de las Indias y Australia, más largo pero más seguro. Sin embargo, no teniendo el aliciente de las expediciones francesas e inglesas que tomaban esta ruta para acceder a sus colonias orientales, los rusos prefirieron la del Estrecho de Magallanes.

Después del primer viaje ruso alrededor del mundo en los años 1803 a 1806, se repitieron travesías semejantes muy a menudo. En la primera mitad del siglo XIX hubo cerca de cuarenta de esos viajes. Sólo unos pocos, por haber fracasado en su intento de tomar la ruta de Magallanes, lo hicieron por el Cabo de Buena Esperanza.

De dos clases eran esos viajes. Los unos eran de barcos de la Compañía Ruso-Americana que efectuaban travesías periódicas de conexión directa entre los centros de la Compañía y la capital de Rusia. Los otros eran viajes de barcos de guerra mandados por el gobierno a los puertos de Siberia, Kamtchatka y la América rusa para hacer observaciones y estudios científicos sobre hielos polares, corrientes, polo magnético, etc., para proteger su comercio de pieles y, acaso, para intentar nuevas incursiones. Así, entre 1819 y 1821 se enviaron cuatro expediciones al Océano Antártico.

Pero la América rusa sólo duró hasta 1867. La ruina de la Compañía Ruso-Americana, la incapacidad rusa para defender sus posesiones y el avance de los mormones a raíz de la aparición del oro, determinaron al gobierno ruso a vender Alaska a los norteamericanos, en 1867, por una cantidad que ahora podríamos considerar irrisoria⁽⁵⁾.

La más frecuente presencia de naves rusas en las costas españolas y portuguesas de América, ocurre, pues, en las dos primeras décadas del siglo XIX. Y la mayoría de estos barcos se detenían en los puertos brasile-

5. Ibid., p. 89 y 90.

ños del Atlántico y doblaban luego el Estrecho de Magallanes, pero no tocaban los puertos españoles del Pacífico, cerrados al tráfico extranjero para las naves comerciales. Y los buques oficiales o de guerra aunque no estaban incursos en tal prohibición, tampoco eran alentados a la visita. Por eso, al salir del Estrecho los barcos rusos se dirigían a las Islas Hawai, todavía independientes, a la isla de Pascua, Australia o a las posesiones de la Compañía Ruso-Americana. Algunos barcos, sin embargo, tocan en puertos de la América española, a veces por razones políticas relacionadas con la guerra de la Independencia y la amistad ruso-española establecida por la Santa Alianza. De ese momento es el paso por el Perú del Capitán Golovnin.

El capitán Golovnin y su testimonio sobre el Perú

Vasilii Mikhailovitch Golovnin era un distinguido navegante ruso, perteneciente a una familia ilustre en el servicio de los zares. Había nacido en Rjasan el 8 de abril de 1776. Fue educado en el cuerpo de cadetes de Cronstadt. Entre 1801 y 1806 sirvió como voluntario en la marina inglesa y peleó contra Francia. A su retorno a la patria el emperador Alejandro le encarga en 1806 realizar un viaje alrededor del mundo, con la misión de explorar las costas NE de Asia y NO de América, viaje que Golovnin emprende a bordo del buque *Diana*. La expedición parte de Cronstadt y atraviesa el Cabo de Buena Esperanza en 1809, pero al llegar a las islas Kurilas, cuya posición, extensión y número fué Golovnin quien primero y mejor estudió, cuando exploraban la isla Kunashiri todos sus integrantes son hechos prisioneros por los japoneses y no obtienen su libertad hasta el 13 de octubre de 1813. La descripción de Golovnin del entonces remoto Imperio del Japón y el relato de su cautiverio, así como el informe de la primera parte de su viaje alrededor del mundo, en que no pudo atravesar el Estrecho de Magallanes y debió tomar el Cabo de Buena Esperanza, se publicaron con los títulos de *El Viaje de la goleta rusa "Diana" en 1807, 1808 y 1809* (San Petesburgo, 1819) y *Mis aventuras en 1811, 1812 y 1813* (San Petesburgo, 1819). Ambos libros se tradujeron al alemán y al francés, y se publicaron incluso antes que en ruso, y posteriormente al inglés (6).

6. El *Catalogue des Imprimés de la Bibliothèque Nationale de Paris*, T. LXI (1915), col. 1079, colaciona las siguientes ediciones:

GOLOVNIN (Amiral Vasilii Mikhailovitch)

I.— *Begebenheiten des Capitains... Golownin in der Gefangenschaft bei den Japanern, in den Jahren 1811, 1812 und 1813, nebst seinen Anmerkungen über des japanische Reich und ein Volk und einen Anhang des Capitains Rikord*. Aus dem Russischen übersetzt von Dr. Carl Johann Schultz...— Leipzig, G. Fleischer des Junger, 1817-1818, 2 parties en 1 vol. 8º pl. tearte. (8º 020.13)

II.— *Voyage de M. Golovnin, ... contenant le récit de sa captivité chez les Japonais, pendant les années 1811, 1812 et 1813, et les observations sur*

Pocos años después de regresar a Rusia luego del cautiverio japonés, Golovnin realizó otro viaje alrededor del mundo, partiendo de San Petesburgo el 7 de septiembre de 1817. Las interesantes experiencias e impresiones de esta travesía las dejó escritas en su libro *Viaje alrededor del mundo en la Corbeta "Kamtchaka en 1817, 1818 y 1819*, del cual forman parte los Capítulos II y III relativos al Perú que ahora publicamos. El título de su libro, *Viaje alrededor del mundo...*, tan expresivo del afán cosmopolita de la ilustración, tenía el prestigioso antecedente de los homónimos relatos de Richard Walter (1748), Bougainville (1771), Cook (1777), La Pérouse (1792) y luego se repetiría en Dumont d'Urville (1832) y tantos otros. La primera edición rusa de este libro se hizo en San Petesburgo en 1822 y la segunda, en la misma ciudad, en 1864 en cinco volúmenes, con mapas, cartas y una biografía de Golovnin escrita por N. Grech. La traducción al español presentamos fue hecha por J. Margoulies, quien sin embargo no indica de cual de las dos ediciones ha tomado el texto ni consigna su completa ficha bibliográfica en el breve apunte introductorio que preparó (7).

Al volver de sus largas correrías marítimas, que sin duda le ganaron merecido prestigio, Golovnin fue nombrado Vicealmirante e Intendente General de la marina rusa. Murió en San Petesburgo el 12 de Julio de 1831. Su nombre ha quedado perennizado en la geografía en un Golfo del Mar de Bering y en un estrecho en las Islas Kurilas. Su hijo Alejandro Vasilevich (1821-1864) fue también figura descollante en su patria como marino, estadista y hombre de letras. Formó parte del Estado Mayor del general Musikov, dirigió la *Revista Marítima* y contribuyó notablemente a la reforma agraria rusa de ese tiempo. Desde 1861 tuvo a su cargo el Ministerio de Instrucción Pública y fue autor de un ambicioso programa de organización de la educación rusa. También fue descollante su paso por la Universidad de San Petesburgo en la que orientó importantes programas de re-

l'Empire du Japon, suivi de la relation du voyage de M. Rikord,..... aux dotes du Japon en 1812 et 1813..... traduit sur la version allemande par J.B.B. Eyries... — Paris, Gide Fils, 1818, 2 vols.
(8° 020.14)

- III. — *Observations sur sur l'origine et sur les moeurs, usages et costumes des Japonais* cf. P. Rikord, *le Japon ou voyage aux îles du Japon en 1811, 1812 et 1813 sur la corvette russe "La Dianen"* pour délivrer Golownin, traduit de l'allemand par M. Breton, Paris, 1822, 2 vols. in-12 fol.
(8° 020.15)

- IV. — *Memoirs of a captivity in Japan during the years 1811, 1812 and 1813, with observations on the country and people*, by Captain Golownin,... 2d ed London, H. Colburn, 1824, 3 vols. 8°
(8° 020.16)

7. La traducción de J. Margulies debió aparecer en la revista *Mar del Sur* (Lima, 1948-1953) con una muy breve nota en la que, lamentablemente, no se hacía ninguna referencia al texto que se había utilizado para esa versión española de los capítulos II y III del *Viaje alrededor del Mundo...* de Golovnin. La versión española, dice el Sr. Margulies, fue revisada por el Sr. Bernardo Roce Rey y la Srta. Elsa María Oliva. Al dejar de publicarse la citada revista, Luis Jaime Cisneros

forma universitaria a base de varios modelos europeos. Escritor distinguido, a él se debe la publicación de una parte de las *Memorias* de Turguenev y la edición de las obras de su padre, así como la reunión de abundantes materiales históricos para el estudio de la época de Alejandro II. El nombre de *Golovnin* y su variante *Golowin* aparece a lo largo de la historia rusa de los siglos XVIII y XIX en las figuras de destacados personajes: pintores, escritores, generales y estadistas ⁽⁸⁾.

La *Kamtchatka* salió de Constadt en julio de 1817, tocó luego en Postmouth y de allí zarpó a principios de octubre rumbo a Río de Janeiro ⁽⁹⁾, ciudad en la que permaneció de 6 al 23 de noviembre de ese año. Antes de partir dispuso el Capitán en la cubierta toda clase de armas, pólvora y mechas, para estar listos al combate, pues tuvo en Río de Janeiro noticias de que los "insurgentes españoles de América del Sur" acometían a los barcos extranjeros, con excepción de los ingleses "y basándose no sé en qué rumores consideraban desde hacía poco a los rusos como aliados del Rey de España" ⁽¹⁰⁾. Mas adelante se enteraría del buen trato que daban los "insurgentes" a los barcos rusos. El 30 de noviembre, acercándose ya a Buenos Aires, encuentran al barco mercante *Divina*, que enarbolaba la bandera rusa aunque no pertenecía a ese país. Golovnin encomienda a su capitán, un alemán de nombre Spratt, que en cuanto llegue a Hamburgo anuncie en los periódicos que el viaje de la *Kamtchatka* se realiza sin novedad y que toda su tripulación se encuentra bien. La escala en Buenos Aires debió ser larga o muy lenta la navegación, pues sólo el 1º de febrero, si nos atenemos al itinerario de Golovnin, se encuentran por el Cabo de Buena Esperanza.

Crónica de ocho días en el Callao y Lima

Según el relato de Golovnin, la *Kamtchatka* llegó a las costas de Lima el 7 de febrero de 1818. Sin embargo luego afirmará que su permanencia en nuestro puerto fue de ocho días y que partió el 17 de febrero. El Virrey Pezuela sólo consigna la noticia de la llegada de la Corbeta rusa, sin señalar la fecha misma del acontecimiento, en la página de su *Diario* dedicada al 20 de febrero ⁽¹¹⁾. Si tenemos en cuenta que, con toda seguridad, Golov-

me entregó cordialmente las veinte páginas del texto de Golovnin con el encargo de publicarlas.

8. De las enciclopedias generales sólo la *Tricani*, la *Británica* y, sobre todo, la *Espasa*, contienen algunos datos biográficos de Golovnin.

9. Conocemos esos datos del itinerario de la *Kamtchatka* por la *Gaceta del Gobierno de Lima*, Nº 15, correspondiente al sábado 28 de febrero de 1818, p. 117.

10. *Vid. infra*, nota (35).

11. *Memoria de Gobierno del Virrey Pezuela (1816-1821)*, edición de Vicente Rodríguez Casado y Guillermo Lohmann Villena, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1947, p. 233. Es interesante transcribir la página que dedica Pezuela en su *Diario* a Golovnin y la *Kamtchatka*:

"Fondeó en el Callao la corbeta de guerra rusa nombrada "Kamtchka" (sic), al mando del Capitán de la Marina Real Mr. Gollowuin (sic), que salió del Janeiro en 1º de Diciembre, con destino a las costas del N.O; pero habiéndoles indicado

nin seguía en su cuaderno de bitácora el calendario ruso, que tiene once días de atraso con referencia al nuestro, pues es el calendario juliano con algunas modificaciones, entonces comprobamos que la imprecisión o diferencia es sólo de un día.

Las referencias de la *Gaceta del Gobierno de Lima* nos permiten aclarar el punto, pues ella nos informa que: "El 20 de febrero fondeó en el puerto del Callao la Corbeta de la marina imperial rusa *Kamtchatka*, su comandante el capitán de fragata D. Basilio Gollosowin (sic)...: el objeto de su viaje es hacer descubrimiento" (12). Y el número siguiente de la *Gaceta*, añade que "el 1º de marzo zarpó del puerto del Callao la fragata de la marina imperial rusa *Kantchatka* (sic). Por ella sabemos que 4,000 franceses debían tomar nueva posesión de la Cayena" (13). Es casi seguro, pues, que las fechas del *Diario* de Pezuela y de la *Gaceta de Lima* sean las exactas y no las de Golovnin.

El capitán ruso declara que hace escala en el Callao para cumplir con un encargo del Embajador de España en Río de Janeiro, quien debía informar cuanto antes al Virrey del Perú del estado de las relaciones españolas con esa Corte porque "así lo exigía la seguridad de las posesiones españolas en la América del Sur". La comunicación directa era difícil y Golovnin acepta el encargo porque "tenía tiempo suficiente y esta comisión no me imponía el más mínimo cambio de ruta"; porque se había apelado a la "amistad y buenas disposiciones de nuestro Emperador para con España"; y porque, según se lo aseguraba el Cónsul General ruso en Río de Janeiro, tal servicio "sería grato a su Majestad Imperial". En realidad, como lo consigna Pezuela en su *Diario* (14), el pliego del Ministro español

nuestro Embajador en aquella Corte Conde de Casa Flores que tenía un pliego de importancia para el Virrey de Lima, se allanó a tocar en el puerto del Callao con objeto de hacer este servicio. El Comandante y Oficiales de esta Corbeta fueron distinguidos por mí con la mesa, y ellos se comportaron bien. Al 1º le regalé un bastón fino..."

12. Nº 15, sábado 28 de febrero de 1818, p. 117.

13. *Gaceta del Gobierno de Lima* Nº 16, miércoles 4 de marzo de 1818, p. 121.

14. *Memoria*..., pp. 233 y 234: "El pliego del Ministro se reducía a participarme su destino en la Embajada de la Corte del Brasil, con algunas noticias, añadiendo las siguientes:

1º Que el empeño de los portugueses en mantener a Montevideo, tenía retardada la expedición de España contra Buenos Aires hasta concluida esta dificultad diplomática.

2º Que el Ministerio de Estado portugués en el Janeiro se había negado a entrar en comunicación con el nuestro que proponía arreglar el negocio para la evacuación de Montevideo.

3º Que, según dicho Ministro, el sistema de mantener una fiel y escrupulosa armistía (sic) con los insurgentes de Buenos Ayres hasta el punto de debolverse presas.

Por cartas que trajo el ruso se supo que en Lisboa hubo revolución contra aquella Regencia, de cuyas resultas fueron decapitados, el 18 de octubre anterior, el Teniente General portugués Gomes Freire de Andrade y 12 Oficiales, que el Rey de Portugal estaba empeñado en subsistir en el Brasil, contra las instancias que por sus respectivos Gobiernos le hacían; que a pesar de la resistencia del Gobierno portugués, había firmado la entrega de la Cayena a la Francia, de donde salieron

en Río no contenía asuntos que incumbieran al Virrey del Perú de un modo específico y que él pudiera resolver desde Lima.

Por las primeras gentes del puerto con que entra en contacto, Golovnin se entera, a pesar de las dificultades que le acarrea su desconocimiento del español, de la situación de Chile "en manos de los insurgentes" y de que "ocho meses antes habían pasado por el Callao dos grandes barcos rusos con rumbo hacia América del Norte (eran los barcos de la Compañía Ruso-Americana Kutusov y Suvoror, bajo el mando del capitán Gagemeister)". Efectivamente, la *Gaceta del Gobierno de Lima* ⁽¹⁵⁾ publica un "Aviso a los navegantes" solicitado al editor con fecha 28 de mayo de 1817 por Pedro Abadía, Factor de la Compañía de Filipinas. Por ese "aviso" sabemos que "las fragatas de la compañía ruso-americana nombradas *Kutusoff*, su comandante el capitán de fragata de la marina imperial de Rusia D. León Gagemeister, y la *Suvaroff* su capitán el teniente de la armada imperial Sr. Ganasindin, que navegaban juntas desde Cronstadt para la costa N.O. de América por el Cabo de Hornos y estuvieron últimamente en el Callao, descubrieron en su viaje actual hallándose al S. de las Azores en noviembre de 1816 un baxo o sonda donde vieron mudarse el color del agua con marejada que aparentaba haber rompientes..." al que dieron el nombre de "baxo Kutusoff", cuya ubicación precisa señala el aviso, añadiendo en su segunda parte que este accidente se debía encontrar muy cerca del "baxo Perseo", descubierto en 1813 por una nave inglesa de ese nombre. Comprobamos, pues, por el aviso de Abadía en la *Gaceta*, que las dos naves rusas pasaron por el Callao en la segunda mitad de mayo de 1817, sólo unos meses antes de la *Kamtchatka*. La misma *Gaceta* de esos años nos permite conocer, a pesar de la exiguidad de sus noticias del exterior, el interés que suscitaba entonces Rusia, interés acrecido por las buenas relaciones que mantenía en esos momentos con España ⁽¹⁶⁾.

Los tres primeros días el capitán de la *Kamtchatka* permanece en el Callao tomando contacto con las autoridades del puerto y del fuerte y disponiendo todo lo conveniente para que la nave pudiera continuar viaje.

en 1º de octubre 4000 hombres de tropa francesa a tomar posesión de ella; que esta firmado un tratado de comercio de negros entre España e Inglaterra, entregando esta por vía de indemnización (sic) de las presas que había hecho en las costas de Africa 400,000 Libras Esterlinas, acordando entre ambas Potencias la absoluta abolición del tráfico de negros".

15. Nº 39 correspondiente al miércoles 4 de junio de 1817, p. 311 y 312. Dice Abadía en su comunicación al editor, que las noticias que acaba de adquirir, le parecen "de la mayor importancia para nuestros navegantes de la carrera de Europa".

16. A lo largo de la *Gaceta* del año 1817 hemos encontrado varias brevísimas crónicas procedentes de Rusia (de San Petesburgo y Moscú) con noticias de ese país y su emperador, especialmente referidas a la resistencia y rechazo de Napoleón y los invasores franceses. Así, el Nº 12 de la *Gaceta*, correspondiente al viernes 13 de febrero de 1818, es decir muy poco días antes del arribo de la *Kamtchatka*, trae en su página 100 la siguiente noticia: "Rusia (Moscow 12 de marzo) por un ukase del emperador se ha conferido al príncipe Andrés Obalinskay la Administración de la Universidad..."

Según el calendario ruso que utiliza, Golovnin sólo viaja a Lima el día 10 atendiendo a una invitación especial del Virrey, acompañado de cuatro de sus principales oficiales y hace un primer recorrido por la ciudad. Vuelve a la capital los días 12, 14 y 16 de febrero, para realizar visitas a los principales establecimientos de Lima y, el último día, para acudir a una segunda invitación del Virrey. El 17 de febrero (es decir el 1º de marzo de acuerdo a nuestro calendario), pasadas las 4 de la tarde, deja el Callao. Golovnin llega a la península de Kamtchatka, en el barco del mismo nombre, en mayo de 1818. Regresa a Europa por la ruta del Cabo de Buena Esperanza y toca en San Petesburgo de retorno el 17 de Septiembre de 1819, a los tres años casi exactos de su partida.

En tan breve estadía no tiene un amplio conocimiento directo de las gentes del país y en su relación apenas hay referencias a personas con quienes llegara a establecer un trato frecuente: algunas autoridades del puerto del Callao; el Virrey y un grupo de altos funcionarios; el Jefe de la Guardia de a caballo del Virrey, un oficial nacido en el Perú, educado en España, en cuyo ejército sirvió, que había estado prisionero de los franceses cuando la invasión napoleónica en la península, que al parecer informó a Golovnin y sus oficiales sobre las cosas peruanas y a quien el viajero ruso llama "el Comandante Plato" (17); y, sobre todo, Pedro Abadía, factor principal de la Compañía de Filipinas en Lima, que les sirvió de intérprete y *cicerone*, en cuya casa cenaron más de una vez y con quien al parecer entablaron mayor amistad. D. Pedro de Abadía, nacido en Navarra y muerto en Lima en diciembre de 1833, era un importante vecino y un comerciante acaudalado, que en 1814 es nombrado Capitán del Regimiento de la Concordia. Su puesto de Factor de la Compañía de Filipinas y su conocimiento del inglés le dió trato frecuente con ingleses, norteamericanos y, en general, extranjeros. El concibió el proyecto de emplear la fuerza del vapor en la explotación de las minas de Pasco, hizo traer las primeras máquinas para desagüe e importó la caña de azúcar de la India y el gramalote de Guinea, que arraigó muy bien en las haciendas de la costa y que por eso se comenzó a llamar "yerba Abadía". Abadía no tomó partido en la lucha por la Independencia pero en julio de 1821 la juró y firmó el acta del célebre cabildo abierto y colaboró con el gobierno de San Martín en la elaboración del nuevo Reglamento de Comercio a las órdenes del Ministro Unánue. Lo cual prueba que no fue excepcional el caso de españoles ricos que se adhirieran a la causa de la nueva patria. Fue calumniado

17. Ni con el *Diario* de Pezuela ni con la *Guía de Forasteros* (Sección *Estado Militar*) de José Gregorio Paredes, correspondiente a los años 1817 y 1818, hemos podido identificar al Jefe de la Guardia de a caballo de Pezuela, a quien Golovnin llama "el comandante Plato". Según el relato de Golovnin "el Comandante Plato" al escapar de la prisión de los franceses habría sentado plaza en un cuerpo del ejército ruso y sirvió al mando del general Sacken. Es posible que conociera algo de ruso y que la comunicación con los oficiales de la Kamtchatka fuera para él más fluida. El juicio que Golovnin hace de "Plato" es cordial y elogioso.

de infidencia y delación, juzgado y declarado inocente pero no pudo impedir la pena de destierro. Volvió al Perú concluida la guerra y se dedicó a rehacer su mermada fortuna. Se vinculó por su matrimonio a la familia del rico y distinguido comerciante José Antonio de Errea. Los impresos de la época nos lo presentan como mayordomo de la Cofradía de Nuestra Patrona Santa Rosa o como albacea del Oidor de Quito José Ramón Ostolaza, miembro de ilustre familia trujillana, hermano del célebre Blas Gregorio, el clérigo carlista que murió en Valencia, el mismo año que Abadía, en manos de las turbas liberales. Dice Mendiburu que Abadía “disfrutó de la estimación general por su caballeroso trato y su afabilidad dispuesta siempre a obras de beneficencia en lo público y privado... hombre que unía a su capacidad abundantes conocimientos financieros y una instrucción sólida que, aunque no ostentada, sirvió en provecho de muchos” (18). El testimonio de Golovnin, aunque escueto, confirma tan elogiada semblanza y añade referencias al señorío y hospitalidad de Abadía.

Si tenemos en cuenta la brevedad del paso por Lima y el trato furtivo que Golovnin tuvo con sus gentes, podemos decir que su relato revela a un viajero culto y a un cronista en general minucioso y preciso. Se trata de un observador agudo que adquiere una visión del país, certera en sus grandes perfiles, aunque su narración y sus observaciones pongan al descubierto, de vez en cuando, ciertos prejuicios políticos, una acentuada conciencia de la superioridad de Rusia, de cuya clase dirigente se sentía un elemento destacado y responsable, y hasta cierta jactancia de lo propio y desdén por las cosas españolas y americanas.

Un nuevo detractor de Lima

Por la descripción general de la ciudad que nos ha dejado podría inscribirse a Golovnin en la lista de los grandes detractores de Lima. La Lima argentina y aurea de la leyenda, propiciada sobre todo por los viajeros franceses de la primera mitad del XVIII, no aparece en las páginas de Golovnin ni remotamente. Su visión recuerda más bien la crítica grave y hasta injusta de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, la diatriba de Terralla y Landa o, por lo menos, el desgano o poco entusiasmo de Humboldt o de la anónima descripción de la Lima de Amat recientemente dada conocer por Aurelio Miró Quesada Sosa (19). “No hay en todo el mundo —dice— una gran ciudad que tenga tan pobre apariencia”. Las calles, aunque rectas, le parecen “estrechísimas y sucias” (20), las casas bajas y pequeñas, con unos zaguanes estrechos en donde “están groseramente pintadas unas figu-

18. *Diccionario Histórico-Biográfico del Perú*, Lima, 1931, T. I, pp. 54-56.

19. *Una descripción inédita de Lima en el siglo XVIII* (Cfr. Aurelio Miró Quesada S., *20 temas peruanos*, Lima, 1966, pp. 317-333).

20. También a Humboldt le parecieron las calles de Lima oscuras y desaseadas y con frecuentes baches que impedían “correr en coche”. (Cfr. Aurelio Miró Quesada Sosa, *Amistades de Humboldt en Lima*. En: *20 temas peruanos*, p. 259).

ras, en su mayor parte soldados a caballo con sable en la mano, que parecen estar allí de centinelas". O Golovnin no tenía ojos de ver o su sensibilidad estética respecto a la plástica urbana no le permitía apreciar las mejores expresiones arquitectónicas de la ciudad, pues a los típicos *balcones de cajón* limeños que hasta hace poco dieron a la ciudad sello inconfundible y único, prestancia y atracción excepcionales, los llama "có-micos balcones de madera". No capta tampoco el encanto de nuestras iglesias borrocas, a las que encuentra "grandes pero bajas y decoradas por fuera con una multitud de columnas y de relieves distribuidos sin ningún gusto". Al llegar a la Plaza de Armas exclama: "¡Pero quien pudiera ima-ginar que este sitio tan desaseado fuera la Plaza principal de la ciudad!". El Palacio del Virrey, en cambio, que visita con detenimiento en dos oca-siones, le merece juicio más favorable. De la Catedral dice que no hay en ella nada especial "fuera de su enorme riqueza". De la Merced, San Agustín y Santo Domingo, cuya limpieza alaba, dice que por su gran tama-ño "más parecen cuarteles que conventos". Describe con mal disimulado asombro la gran riqueza del altar de Nuestra Señora del Rosario en la Iglesia de Santo Domingo y nos informa que al convento más grande de Lima, el de San Francisco, no fue a visitarlo "porque no tiene nada espe-cial fuera de su tamaño". Observa la rapidez de la corriente en el río Rí-mac en febrero y elogia su "elegante puente de piedra", pero más adelante se contradice cuando afirma: "la gente de acá que nunca ha estado en Eu-ropa lo enseña como una maravilla de arquitectura, pero en realidad no merece que se le mencione". En cambio concede que las dos portadas de la muralla que ha conocido son "de bonita construcción".

Además de los conventos y las iglesias principales conoció Golovnin el Arsenal de Artillería y la Casa de la Moneda. "Los dos merecen poca atención, sentencia jactancioso, si se los compara con los de Europa". El Arsenal lo encuentra pobre. En cambio le parece interesante y hasta juzga que "puede que sea algo que merezca ser imitado", el arreglo de la Sala para la enseñanza de Artillería, en cuyas paredes colgaban grandes mapas y diagramas de gran tamaño. Sin duda Pezuela, artillero distinguido, se había preocupado directamente de mejorar ese establecimiento, aunque a Golovnin le pareciera que estaba todo "especialmente preparado para los visitantes". "La Casa de Moneda, dice, sólo es importante por los muchos millones de oro y plata que han pasado por ella de América a Eu-ropa. A la sazón sólo se trabajan en la Casa de Moneda limeña 10,200 pesos diarios y la Tesorería también revelaba la escasez de metal y las di-ficultades monetarias. "Cuentan los españoles —dice el marino ruso con evidente asombro— que antes consideraban la plata en tan poco, le hacían tan poco caso, que una vez mandaron a Europa 10,000,000 pesos de plata en una sola nave, mientras que cualquier otro país hubiera mandado toda una escuadra para proteger cantidad semejante". Visita luego el *Panteón*;

“que así se llama aquí el Cementerio urbano”. Tampoco el flamante cementerio, construido por el presbítero Matías Maestro y pocos años antes inaugurado por Abascal, merece de Golovnin juicio menos inclemente: “el edificio y el sitio no valen nada desde cualquier punto de vista, pero los españoles lo encuentran una maravilla y lo enseñan a los extranjeros como algo raro y fuera de lo común”. Se detiene, sin embargo, en una morosa descripción del edificio y del sistema de enterramientos limeños. Felizmente que el último establecimiento que visita, la Fábrica de Pólvora cercana al Cementerio, es objeto de más favorables apreciaciones. La fábrica, dice, tiene instalación hidráulica y “a lo que parece está muy bien organizada y funciona excelentemente. Produce anualmente 100,000 quintales de pólvora”, y añade: “me decía el Virrey que la pólvora de acá es tan buena como la inglesa y que en tiempo de la invasión francesa a España se mandaron allí desde Lima 12,000 quintales”. La impresión general de la ciudad es, pues, para Golovnin, mas bien negativa. Incurre en el error de creer que “los edificios son todos de madera” y parece ignorar que el enlucido que imita las bases pétreas de los edificios encubre, no a la madera, que se usa en las balconerías, sino al *adobe* y a la *quincha*. “Aunque sea una de las ciudades más ricas del mundo, dice, los edificios de Lima son pobrísimos”. El juicio sólo se atempera para nosotros cuando descubrimos en su relato de los alrededores de la ciudad las alamedas “con cuatro hileras de árboles muy altos, que son unos sauces peruanos que se encuentran sólo en este país”... la carretera ancha de los coches y los pasajes estrechos para peatones ⁽²¹⁾ “bajo la sombra de los árboles”... “un jardín público muy largo lleno de toda clase de árboles frutales” y los bosques “de naranjales y limoneros”, que nos devuelven la imagen de la ensoñada ciudad amena, rodeada de huertos y jardines, que fue Lima hasta muy entrado el siglo XIX ⁽²²⁾.

21. Por el momento en que Golovnin hace esta descripción —el viaje del Callao a Lima— se trata no de la Alameda de los Descalzos sino del reciente paseo de coches de la Portada, que Humboldt juzgó mezquino y semidesierto (Cfr. José de la Riva-Agüero, *Alejandro de Humboldt y el Perú*, Opúsculos T. II, Lima, 1938, pp. 433-443, y *Obras Completas*, T. VII, en preparación). Samuel Haigh, viajero inglés que llega en 1825, tiene también una grata impresión del camino del Callao a Lima y del paseo de coches de la Portada: “El camino del Callao a Lima es excelente; la distancia de seis millas en casi rectilínea, con suave e imperceptible gradiente todo el trayecto. Como dos millas antes de llegar a las puertas de la ciudad, hay una linda avenida de grandes árboles verdes que forman doble arco en ambos lados. Bancos de piedra se encuentran equidistantes a los largos del camino, que ofrecen refugio fresco y agradable, y en las tardes ardientes del estío es paseo de moda. Con el fresco vespertino monté a caballo en el Callao, y, en una hora, llegué a la puerta principal de la metrópoli peruana. Los nombres de Bolívar, Libertad, etc. estaban blasonados en la puerta principal, amplia y hermosa” (*Bosquejos del Perú (1825-1827)*, En: Alberto Tauro, *Viajeros en el Perú Republicano*, Lima, 1967, p. 30).

22. Tampoco le satisficieron a Humboldt los alrededores campestres de Lima (Cfr. J. de la Riva-Agüero, ob. cit. p. 436) y le defraudó nuestro paisaje costero: “la suma aridez o esterilidad del campo, la idea de estar como en un desierto que va hasta Chancay y Pisco, inspira sentimientos melancólicos, particularmente para un hombre como yo, sensible a la hermosura de la naturaleza” (Cfr. Aurelio Miró Quesada S., ob. cit., p. 260).

La corte virreinal limeña

La observación sociológica, dirigida a los usos y costumbres de las gentes de la ciudad, al ambiente y a los sentimientos de los pobladores, tienen, en cambio, en el relato de Golovnin, mayor interés e importancia, y nos procura una visión menos severa y negativa. Se queja en varios pasajes de la dificultad de comunicación porque los españoles y vecinos de Lima con quienes tuvo que tratar no conocían más idioma que el español. Abadía, el intérprete, debió usar el francés con Golovnin aunque no es improbable que tuviera algún conocimiento del ruso pues, según nos cuenta, el Factor de la Compañía de las Filipinas había sido condecorado por el Emperador con la orden de Santa Ana por los servicios que prestó a los barcos de la Compañía Ruso-Americana. Salvo Abadía y el Intendente de Lima, don José María Gálvez, que sirve de intérprete entre Golovnin y el Virrey Pezuela y que también emplea el francés, los demás funcionarios, incluidos el propio Virrey, según se queja una y otra vez Golovnin, sólo hablan español. La dificultad era recíproca; sólo un oficial conocía un poco de inglés, el resto únicamente hablaba ruso. Por eso hace la siguiente reflexión: "parece conveniente indicar aquí que para viajes como el nuestro será indispensable mandar oficiales y tenientes que conozcan idiomas extranjeros" y se refiere a la *pena* y *verguenza* que experimenta un oficial que se encuentra en un país extraño sin conocer un idioma extranjero (23).

Golovnin se detiene en la descripción del Palacio del Virrey, de la comitiva de Pezuela y de la opípara comida con que fue agasajada la oficialidad rusa. La corte virreinal tenían un ceremonial y boato que no parecieron modestos a los visitantes. Primero fue la recepción de los marinos rusos por un funcionario militar con "uniforme y dos charreteras"; luego el paso por la antesala en que estaba la guardia formada por "unos cuantos granaderos". En la puerta de la primera sala había de guardia dos alabarderos y en su interior algunos oficiales. En la segunda sala estaba el Virrey con su numerosa comitiva de uniforme o "con vestidos a la francesa". "El Virrey vestía un uniforme azul con cuello y solapas rojas, ricamente bordados en oro; tenía al lado izquierdo dos estrellas y llevaba la banda de la orden de Isabel la Católica". Luego de un encuentro y de un saludo silencioso Golovnin fue conducido por el propio Virrey a un salón interior de audiencias y allí, con el "señor Intendente" como intérprete, se produjo la primera conversación. El resto de funcionarios y oficiales quedaron

23. Sería muy interesante conocer con algún detalle la gestión de Golovnin como Superintendente de la Marina rusa por algunos años y comprobar si como autoridad pudo inspirar o poner en práctica medidas como las que aquí señala. Lamentablemente no hemos podido consultar el ensayo biográfico de N. Grech que aparece en la edición de las *Obras Completas* de Golovnin (5 vols., San Petersburgo, 1864).

a cierta distancia del Virrey. La conversación, de media hora, no parece por el relato de Golovnin haber tenido mayor trascendencia. Se dirigieron luego, atravesando otros salones interiores del Palacio "hasta una sala grande donde estaba la Virreina sentada con cuatro o cinco caballeros vestidos de seda azul celeste y con zapatos bajos. Todos los vestidos eran de igual color y forma; eran los caballeros de la corte virreinal... Vestía la Virreina un traje sencillo de seda rayada, pero con riquísimas perlas y piedras preciosas". La comida se inició a las 2 de la tarde. La Virreina y su hija, "una señora joven esposa de un general que se encontraba en Chile ⁽²⁴⁾, iban por delante al comedor, luego el Virrey y Golovnin y detrás los cuatro oficiales rusos y el resto de invitados. Fueron en total los comensales "unas 30 personas, entre las cuales había un eclesiástico". El Virrey sentó a su derecha a la Virreina y a su izquierda a Golovnin, quien tenía a su izquierda al "Comandante General de las tropas de aquí, que era nuestro intérprete". La comida, guisada al gusto español, "es decir, con mucho aceite y con ajos" consistía en una gran cantidad de potajes: carne de vaca, jamón, salchichas, palomas, pavos y varias otras aves, con salsas y aderezos, muchas verduras y frutas de toda clase, "pero nada de pescado"; "sólo había vino tinto y no lo convidaban, sino que cada uno se servía y bebía cuando y cuanto quería"; "me extrañó mucho ver que en la mesa del Virrey sirvieran helados: a 12º de latitud parece un milagro". En otra sala bebieron café y los licores y fumaron los cigarros

24. Se refiere al Brigadier Mariano Osorio, casado con la hija mayor del Virrey, doña Joaquina de la Pezuela y Cevallos. El matrimonio se realizó en Lima el 15 de agosto de 1817 y Osorio había partido del Callao a la "reconquista" de Chile el 11 de diciembre de 1817, es decir, pocas semanas antes de la visita de Golovnin a Pezuela. Pero en Chile estaba ya San Martín y el vencedor de Rancagua sería muy pronto el derrotado de Maipú. Osorio, nacido en Sevilla en 1770, fue un militar distinguido, actuó en la guerra contra Napoleón y se halló en el primer sitio de Zaragoza. Vino al Perú como comandante de artillería de Lima y Callao y director de la Maestranza y Fábrica de Pólvora a la que se refiere Golovnin en su relato. Destacó siempre por su valor aunque la derrota haya tornado discutible su actuación en la segunda expedición a Chile. Luego de Maipú no quiso seguir en el Virreinato peruano. No acepta ir a España en la Corbeta de guerra *Sebastiana*, como se lo propone el Virrey y hace con su esposa y sus hermanos políticos un accidentado viaje a Panamá, sigue por tierra a Portobello y de allí a Jamaica y La Habana. En esta última ciudad muere el 9 de julio de 1819 a causa del "bómito negro" adquirido por lo "malsano del camino en aquella mortífera costa". En medio de la sobriedad y austeridad del estilo castrense, llama la atención el desahogo sentimental de Pezuela cuando relata en su *Diario* (pp. 677 y 678) la muerte de su hijo político y los sacrificios de "un honrado y cristiano español así como de un pundonoroso militar" y concluye que en esa carrera "a galope busca la muerte el que la sigue, y no siempre logra el concepto a que aspira el Rey y la Nación".

Los otros dos hijos políticos de Pezuela, el coronel Rafael Cevallos Escalera y el general Juan Lóriga, casados con sus hijas doña Carmen y doña Juana, respectivamente, no estaban a la sazón en el Perú; llegaron sólo a fines de ese mismo año de 1818 y tuvieron una muy distinta actitud frente al Virrey en los dramáticos días del motín de Aznapuquio (Cfr. Mendiburu, *Diccionario...* T. IV., pp. 148-150 y T. VII, pp. 104-107, así como el *Diario* de Pezuela y la interesante y hasta hace poco inédita versión de Juan Martín de Larrañaga, uno de los testigos de ese acontecimiento, dada a conocer por Vicente Rodríguez Casado y Guillermo Lohmann Villena en el prólogo a su edición del *Diario*, pp. XXXVII-XLII).

puros. La tertulia no se prolongó más de una hora pues los invitados fueron informados por Abadía de la costumbre española de “la siesta después de la comida”. “El Virrey nos acompañó por dos salas y nos hizo decir que su Palacio y su mesa quedaban siempre a nuestro servicio...”. Muchas habitaciones del Palacio le parecieron a Golovnin arregladas “con gran magnificencia” y otras “demasiado sencillas”. Juzgó el mejor y más adecuado adorno una pintura en la puerta del despacho del Virrey que representaba a la diosa de la Justicia. “Con todo, —dice Golovnin, acaso recogiendo una apreciación escuchada en Lima—, puede ser que no siempre le ayude la diosa con sus consejos”. En la segunda visita de Golovnin al Palacio, para comer con el Virrey (aunque el diga “cené ese día...”), Pezuela no se hace presente por una indisposición de su salud. Lo atiende la Virreina, quien lo recibe en su “mesa familiar” con pocos convidados, y le entrega en nombre de su esposo “un bastón de carey con puño y contera de oro” (25).

El cuadro peruano del fin del antiguo régimen

En general Golovnin encuentra a los españoles “muy educados y amables y parece que tienen simpatía particular hacia los rusos”. En esta materia es constante la exageración nacionalista que lo lleva a ponderar el prestigio y buena acogida de todo lo ruso. En cambio se percibe un manifiesto rechazo y una actitud crítica hacia el sistema político español imperante en América y una abierta simpatía por los patriotas insurgentes. Se revela tal actitud no sólo en juicios genéricos, como cuando compara a los españoles con “los activos ingleses” o cuando directamente censura el “carácter poco activo y perezoso que tienen los españoles”, sino también cuando se extraña al describir ciertos usos y costumbres de la ciudad: el paseo de la Alameda, el gusto, que al marino ruso le parece excesivo, por los bailes y las guitarras, la pronta sociabilidad, y lo que ahora llamamos la “novelería” limeña que él descubre con sorpresa al recibir la visita constante de damas y caballeros de la sociedad limeña que van a conocer el buque ruso y, en fin, el malhumor que le producen dos notas características de la ciudad y que, al parecer y lamentablemente, no puede decirse que hayan perdido del todo actualidad: la deficiencia del transporte urbano de alquiler —que se realizaba entonces en los coches llamados “balancines”—, y la carestía del puerto del Callao. De lo primero dice: “en toda mi vida no ha visto coches más cómicos, más sucios y más pobres

25. Esta actuación de la Virreina parece corroborar otros testimonios contemporáneos sobre la excesiva ingerencia de doña Angela Zevallos y Olarría en los asuntos públicos. (Cfr. Juan Martín de Larrañaga, *América del Sur, Noticias sobre el Perú...*, Biblioteca Nacional de Madrid, Manuscritos, 1054/25, citado por José A. de la Puente Candamo, en su artículo *San Martín y Pezuela frente a la Emancipación del Perú*, en *Mar del Sur*, N° 12, Lima, julio-agosto de 1950, p. 35.

que los de aquí. Los que sirven entre nosotros en Petesburgo para transportar a las compañías de cómicos casi pueden considerarse lujosos si se los compara con los coches de alquiler limeño". Respecto al segundo punto, el juicio no es menos severo: "para terminar diré que ningún barco que necesita repararse debe entrar en Lima porque todo lo que se refiere a marina es allí demasiado caro, muchas cosas no se encuentran por ningún precio y hay que pagar también mucho a los obreros".

Golovnin dedica el Capítulo III a ofrecer a sus lectores *Noticias de Lima y el Perú*. La descripción urbana, ya lo hemos visto, no es muy halagüeña para Lima. Los datos históricos son escasos. Las observaciones sobre el clima, el comercio y la economía del país, son interesantes y pintorescas. Su sorpresa por la ausencia de lluvias y la benignidad del clima de la ciudad. —"no sólo soportable sino agradable"— a pesar de su cercanía de la sierra, le da ocasión para precisar un dato curioso: "las crónicas locales, afirma, enseñan que desde la fundación de Lima hasta la época actual sólo ha tronado tres veces: en 1552 hubo una noche de relámpagos con truenos, en 1802, en la noche del 19 al 20 de abril se oyeron ocho o nueve truenos; y el 12 de abril de 1804 hubo siete truenos". El tema del clima limeño y sus peculiaridades es infaltable en los cronistas y *turistas* de Lima. El más ilustre de los viajeros que habían llegado al Perú en lo que iba de corrido el siglo XIX, el sabio alemán Alejandro von Humboldt, hizo también a fines de 1802 observaciones sobre el clima de Lima y de todo el país, tan importantes y trascendentes que su nombre ha quedado, como tributo permanente de gratitud, indisolublemente unido a la corriente marina peruana. Mas cercana aún al paso de Golovnin fue la publicación del libro de Hipólito Unanue *Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados* (26), cuya segunda edición, la madrileña de 1815, seguramente era una novedad en Lima por los días en que permanece el marino ruso entre nosotros. Tal vez tuvo en sus manos ese libro, tan representativo de la mejor ilustración peruana, y leyó allí los datos sobre el clima que consigna en su crónica. Sin embargo, Unanue dice, siguiendo al *Almanaque Peruano* del Dr. Gabriel Moreno, que en Lima hubo truenos en 1552, en 1720, en 1747 y el 19 de abril de 1803, y no en 1802 y 1804 como dice el ruso (27).

26. La primera edición del libro eximio de Unanue es la limeña de 1806; la segunda, la madrileña de la Imprenta de Sancha, de 1815. En el prólogo de esta segunda edición Unanue recoge, sin duda muy halagado, el elogio que hizo de su obra el sabio Humboldt en su *Ensayo político sobre la Nueva España*.

27. *Observaciones...*, Madrid, 1815, pp. 35 y 36. Resulta interesante comprobar la actualidad del tema ruso, presente también en el libro de Unanue. Precisamente se refiere a Siberia y *Kamchatka* al hablar de la *zona fría*, en la cual todo lo que se produce es de estatura pigmea, pobre y miserable. Y en su fervoroso alegato en defensa de la naturaleza americana, tan vapuleada por los científicos racionalistas europeos, y citando al "ilustre Haenk", dice Unanue que "la extrema Siberia y Kamskaka (sic) no tienen que envidiar a los habitantes de las cumbres del Perú" (p. 18).

El panorama político y administrativo del "Reino del Perú", como "los españoles llaman a la región peruana", es sucinto y descubre, entre una que otra inexactitud, la intención y los prejuicios del cronista. La nota de desequilibrio social, luego del cuadro de pobreza general de la ciudad que le hemos visto trazar, la subraya a dar las pinceladas de "las casas de la gente rica" con sus patios interiores muy amplios "y hasta con jardines", con una decoración y mobiliario "a la antigua, extremadamente lujosos", pues en vez de papel las paredes están cubiertas por "riquísimas telas de seda" y los muebles de "maderas preciosas talladas y a menudo doradas". "Tuve ocasión de visitar cuatro casas, dice Golovnin, donde vi esta antigua magnificencia". Tal lujo se extiende a iglesias y conventos "justamente célebres por sus riquezas; se puede decir que están llenos de metales preciosos" No debieran haber llamado mucho la atención de Golovnin estos desequilibrios sociales y políticos del Perú pues pocos años antes al gran Humboldt los defectos de la estructura política y económica de los virreynatos hispanoamericanos y sus profundas desigualdades le hicieron pensar en los contrastes bárbaros de Rusia (28).

Golovnin se refiere a la concentración del poder en los Virreyes americanos, autónomos unos de otros, y a quienes los españoles, dice, llaman "reyezuelos", y añade: "la verdad es que parecen Reyes" por sus cortes, sus palacios inmensos, su guardia, la suma cuantiosa de sus sueldos, la amplitud de su jurisdicción y hasta la pompa de sus títulos y ceremoniales. Esta impresión lo induce al error de creer que la Audiencia y sus magistrados, que en principio ejercen "la administración principal del Perú", "no tienen ningún poder, ya que el Virrey los tiene todos". Se lleva también la imagen de que en Lima hay plétora burocrática: muchas oficinas "llenas de funcionarios con sueldos muy altos". Considera muy equiparados los poderes civil y eclesiástico, representados en el Virrey y el Arzobispo. Acierta al considerar al Tribunal de la Inquisición como una supervivencia caduca ya que sus tres o cuatro miembros reciben "un sueldo de 4,000 pesos al año para no hacer nada"; en verdad la restauración del Santo Oficio, luego de su abolición decretada por las Cortes de Cádiz, había sido puramente formal. También Golovnin percibe el ambiente levítico de Lima: "en cuanto a frailes, monjas, curas y misioneros, hay tantos, que cuando pregunté cuántos eran, me contestaron los españoles que era imposible contarlos".

Cuando las referencias se alejan del escenario limeño la visión geográfica del país pierde precisión y exactitud. Así, por ejemplo, cree que la "sierra no es sino una región pedregosa, con las cumbres cubiertas de nieve y hielo" cuyas tierras son totalmente inútiles para la agricultura, y que no hay comercio terrestre entre el Perú y Chile "porque la Cordillera entre esas dos regiones no se puede pasar".

28. Aurelio Miró Quesada S., *Amistades de Humboldt en Lima...*, p. 267.

La economía peruana y las motivaciones del separatismo

En cambio son certeras sus observaciones sobre la economía y el comercio. El Perú es un país minero por excelencia y a explotar esa riqueza se dedican preferentemente los españoles. "Tal vez en todo el mundo no hay minas de plata tan ricas como las del Perú", exclama Golovnin. Sin embargo, "la revolución del Alto Perú y el agua que inundó algunas de las minas más ricas han reducido mucho la producción de plata"; para secar las minas algunos de sus dueños han utilizado máquinas a vapor" utilizando un procedimiento ideado precisamente por Pedro de Abadía. También entonces era Lima una ciudad bien provista de comestibles. En las varias ocasiones en que Golovnin viajó del Callao a Lima siempre vió muy temprano en las mañanas "una muchedumbre de campesinos, hombres y mujeres, que llevaban a la ciudad recuas de burros cargados de verduras, frutas, etc... y los mercados estaban siempre llenos de aves, animales comestibles y todo lo demás necesario para la alimentación" Pero el comercio tenía en Lima sus dificultades. La carestía se producía "por exceso de dinero". Para quienes tienen que pagar con plata —"como lo hacíamos nosotros que vinimos en un barco de guerra"— los precios son "excesivos". Pero si se pueden intercambiar los productos del país con mercaderías extranjeras la operación resulta muy provechosa porque "las mecaderías europeas se pagan aquí carísimas". El comercio peruano, piensa Golovnin, podría ser muy importante si nuestros puertos estuvieran abiertos a los europeos o los españoles fueran más "activos". El rígido sistema aislacionista español y "los impuestos excesivos" (29) lo reducen casi totalmente. Tales restricciones ocasionan "una carestía tremenda y provocan un contrabando atrevidísimo" cuyos principales beneficiarios, los ingleses, emplean un sistema que es morosamente descrito. La economía peruana podría dinamizarse sí, como piensa Golovnin, el país pudiera exportar más libremente sus productos: minerales, quinua, zarzaparrilla, algodón y lana de vicuña. Sin embargo, el comercio que se realiza entre las diversas regiones de la América española —casi exclusivamente marítimo, por las dificultades de la comunicación terrestre— que llega hasta las Filipinas y las Indias Orientales, merece al marino ruso interesantes consideraciones.

En verdad Golovnin no se podía sustraer a la impresión de decadencia que ofrecía en los años iniciales del siglo XIX el otrora espléndido

29. Ya Humboldt había observado que la alcabala de aduanas era en el Perú más fuerte que en el resto de los virreinos hispanoamericanos y que el Virreinato del Perú estaba peor gobernado que el de Nueva España (Cfr. Riva-Agüero, *Alejandro de Humboldt...*, p. 441). Y Golovnin corrobora que "los impuestos excesivos" tienen el comercio de América "casi estancado". Se pagaba, dice Golovnin, 12% de impuesto por todo producto español y 36% por todo producto extranjero.

virreinato peruano. El sistema económico cerrado que había hecho del Callao y Lima el arbitrario centro de distribución en toda la América meridional y que explica la pujanza del Perú en el XVII, había concluído con el Reglamento de libre comercio que determinó el auge de Buenos Aires y la situación peruana se había agravado con las dolorosas amputaciones borbónicas de las Audiencias de Quito y Charcas y la separación y autonomía de Chile. Este momento peruano es aun más crítico que el que vió Humboldt⁽³⁰⁾ en los años tenues pero apacibles del comienzo del siglo que precedieron a la honda crisis política del imperio español y al remezón revolucionario que culminaría en la separación de los reinos hispanoamericanos de su vieja metrópoli española. Golovnin presencia una capital peruana en el momento mismo en que la adversidad final llega a los sostenedores de la causa realista y se percibe ya el triunfo inminente de los patriotas⁽³¹⁾.

La legitimidad de la independencia y el destino unitario de América

Precisamente lo que confiere mayor interés al testimonio de Golovnin sobre el Perú de 1818 es su concepto de la situación política peruana, de la actitud de las gentes del país frente a su propia realidad nacional y la reacción que ha descubierto en ellas ante el fenómeno irradiante de la revolución separatista hispanoamericana contemplado desde el baluarte del poder español.

Por lo pronto Golovnin ha reparado en que "los habitantes del Perú alaban mucho a su país y los españoles que lo habitan hacen lo mismo". Idéntico testimonio encontramos hacia 1775 formulado por un *chapetón* en la anónima descripción de Lima en tiempos de Amat, quien al hablar del carácter de los criollos peruanos dice, confirmando el posterior juicio del marino ruso: "el alto concepto que tienen formado de la hermosura de su Patria los tiene infatuados de tal modo que no son capaces de asentir que hay otras, no digo que la aventajen con exceso, pero ni aunque la

30. Hay que buscar en toda la obra de Humboldt sus dispersas páginas sobre el Perú, que no fue objeto de un libro especial como el dedicado a México. Por lo menos en esa recopilación debería consistir el homenaje peruano a Humboldt en este año en que se celebra el bicentenario de su nacimiento. En tal sentido conviene señalar la reciente edición de *Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1963, 300 pp., estudio preliminar de F. Márquez Miranda. Este texto de Humboldt corresponde a los volúmenes XV y XVI del *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent fait 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 y 1804*. Los citados ensayos de Riva-Agüero y Miró Quesada reseñan los más importantes juicios del sabio alemán sobre la realidad peruana que, por la importancia del testimonio y la cercanía en que se produce, conviene confrontar con el de Golovnin.

31. José A. de la Puente Candamo ha estudiado este momento, a base de surtida e inédita información documental, en su artículo *San Martín y Pezuela frente a la Emancipación del Perú*, publicado en *Mar del Sur*, N° 12, Lima, julio-agosto de 1950, pp. 34-44.

igualen" (32). Se percibe, pues, en el ambiente, esa forma del patriotismo que es la conciencia y el sentimiento de las bondades de lo propio. Interesa destacar que Golovnin unifica en tal actitud a los naturales del país con algunos de "los españoles que lo habitan", es decir que puede considerarse como afines a los patriotas peruanos por lo menos a un sector de los "peninsulares". Tal implícito cuadro parece confirmarse por el juicio seciente: "dicen (los habitantes del Perú) que los únicos inconvenientes son los frecuentes terremotos y la política del gobierno español en sus colonias; y agregan que este segundo inconveniente es mucho peor que el primero". Es él "gobierno" el objeto del "odio y desprecio" de los americanos, mas que los españoles genéricamente considerados. *"El mundo entero sabe —dice Golovnin— que los habitantes de América española tienen completa razón en quejarse de la política de su gabinete; sienten hondamente estas vejaciones y hablan abiertamente de ellas... y están dispuestos en cualquier momento a proclamar su independencia..."* Dicen que tarde o temprano el Perú tendrá que independizarse de España, pero que ahora su destino depende del éxito de las fuerzas realistas en Chile. Si vencen *los republicanos* (33) el Perú proclamará inmediatamente su independencia y se unirá a ellos; en caso contrario habrá que esperar un momento más favorable". Y luego desarrolla Golovnin, con datos y apreciaciones que nos permiten comprobar que ha calado en la realidad peruana, su tesis de la extrema debilidad del gobierno español en esta parte de América: "el gobierno real en el Perú es muy débil; *el Virrey teme a cada momento una revolución* y trata como a prisioneros de guerra a los republicanos detenidos, a los que España considera como rebeldes y traidores. *El Virrey no se atreve a emplear con ellos la más mínima violencia porque de otro modo se levantaría el pueblo*". Para ilustrar su juicio trae el marino ruso el ejemplo de lo que ha ocurrido poco menos de tres meses antes con la llegada a Lima del Coronel Domingo Torres, emisario de San Martín, a bordo de la *Anfión*, una fragata de guerra inglesa. Para Golovnin no puede ser más evidente la manifestación oficial inglesa de su decidida ayuda a los insurgentes ni demostrar mayor debilidad la conducta del Virrey, aunque Pezuela trate de paliar la gravedad de la situación cuando se refiere en su *Diario* a ese embarazoso episodio (34).

El relato de Golovnin abunda, con noticias interesantes, en el punto débil del gobierno español que Pezuela trató inútilmente de conjurar: la extrema inferioridad marítima de los realistas, el abandono del Pacífico por las autoridades peninsulares (35). Golovnin participa, pues, de la convic-

32. Aurelio Miró Quesada S., *Descripción inédita de Lima...*, p. 332.

33. Cuando se refiere a los patriotas insurgentes del Río de la Plata y Chile, Golovnin los llama *republicanos*. Más adelante, sin embargo, en sus reflexiones sobre el futuro del continente, no descarta la posibilidad de que en esta parte de América puedan establecerse monarquías.

34. pp. 183-184 y 200.

35. Jaime Delgado estudia este asunto en su monografía *"La Pacificación de América en 1818"*, publicada en la *Revista de Indias*, Nº 39, Madrid, enero-marzo

ción de que la Independencia es inminente. La enorme distancia que separa a estas tierras de su metrópoli europea, el hecho de que con la mayor frecuencia la gobiernen, en los diversos niveles, "españoles que después de unos años vuelven a Europa y no piensan más en el Perú, de modo que no participan ni en lo más mínimo de su bienestar", "el descontento de los pobladores", todo hace inevitable y fatal la separación.

Adelantándose a los acontecimientos, que ya da como seguros, Golovnin pronostica como "muy dudoso que pueda España algún día volver a conquistar América". Y sus reflexiones adquieren profundidad sociológica y recobran palpitante vigencia cuando aventura un vaticinio que la historia de nuestros pueblos en los años inmediatamente posteriores a su paso por el Perú ha visto frustrarse trágicamente: *"El único problema es saber si los jefes de las provincias rebeldes serán bastante inteligentes y mantendrán la unión para conservar la integridad de estas posesiones y transformarlas en una sola gran república, o un sólo reino si desean escoger un Rey, sin fragmentarlas en varios pedazos independientes unos de otros. De mantenerse unidos los americanos occidentales serían dentro de poco una nación poderosa y rica, pues sus territorios tienen en su seno todo lo necesario para que sean una nación económicamente grande y próspera..."*

La selva y el imperio de los incas...

Con tan graves y aleccionadoras palabras debiera concluir la glosa del rico testimonio de Golovnin, que desde luego no se agota en estas páginas introductorias, pero no nos resistimos a subrayar brevemente la inevitable

de 1950, pp. 7-67 y N° 40, pp. 263-310. Da también luces ese estudio para comprender el papel que Rusia cumple entonces en el conflicto de la metrópoli española con sus posesiones americanas. Desde 1811 el gobierno de Su Majestad Católica había puesto parte de sus esperanzas para resolver ese conflicto en la "mediación" de las potencias europeas. Mas adelante quien mayor interés demuestra en esa "mediación" es Gran Bretaña, deseosa de sustituirse a España en los mercados hispanoamericanos o, por lo menos, de obtener las mayores ventajas comerciales. Las potencias de la Santa Alianza se oponen a ese interés excluyente de Gran Bretaña y, sobre todo Rusia, persuaden a España de la conveniencia de una mediación conjunta y no exclusiva de Inglaterra que nunca había dejado de intentar el ensanche de sus dominios en América a costa de España y que ayudaba abiertamente a los insurgentes hispanoamericanos y propiciaba en esta parte del continente, según el vaticinio del propio barón de Humboldt, el establecimiento de varios gobiernos débiles y desunidos que le hicieran aún más fácil su predominio comercial. España hubo de ampliar esa política de pacificación americana intentando la mediación ya no sólo de Inglaterra sino también de Francia y Rusia. Fernando VII confiaba en la estrecha y cordial amistad con Rusia y la eficacia de su intervención en los problemas americanos. El propio embajador Zea Bermúdez escribía desde San Petersburgo: "debo confesar en honor de este Ministerio, que no sólo lo creo de la mejor buena fé en este negocio, sino muy dispuesto a sostener los derechos sagrados e incontestables de nuestro amado soberano". Pero este intento de pacificación diplomática sólo se mantuvo por el gabinete de Madrid precisamente hasta 1818; en septiembre de este año, con el cambio de Pizarro por Casa Irujo en la Secretaría de Estado, Fernando VII cambia también de táctica; la "pacificación" se intentará ahora, aunque parezca paradójico, por la reconquista militar. Esa nueva vía, aunque a la postre inútil y dolorosa, era explicable luego de tantos años de ineficaces ajetreos diplomáticos. No se entiende, pues, que Golovnin pretenda ignorar las razones por las cuales se viera en América a los rusos como amigos del gobierno español.

nota de exotismo pintoresco y de fresca espontaneidad para recoger lo legendario o fantástico, que es propio de la literatura de viajes y que es una tentación de la que no pudo evadirse Golovnin. Y así, casi al finalizar su crónica dedicada al puerto del Callao y a la ciudad de Lima, hacen su furtiva y poética aparición la selva amazónica, "región salvaje", muy difícil", en cuyas entrañas vive un pueblo bárbaro tremendamente belicoso, indomable, cruel, autor de la lenta muerte de muchos españoles; y, como no podría ser de otro modo, el Imperio de los Incas y los indios "mansos y sumisos" que viven en las ciudades españolas pero que "no olvidan su condición antigua". Y ese romántico telón de fondo adquiere un dramático primer plano cuando Golovnin nos cuenta que Abadía, el amigo de los oficiales rusos, su confidente y *cicerone*, "tiene un criado, indio viejo, descendiente de los Incas. Cuando este criado sale a comprar comida para su señor en el mercado, donde los indios llevan todo, éstos le expresan a su modo el respeto debido a un príncipe descendiente de sus Reyes...", y como para que no quepa duda de la inspiración y sensibilidad rousoniana, añade el capitán un juicio sobre nuestros indios que parece aludir a las teorías del *buen salvaje*: "No tienen ya la honradez de sus antepasados..." Tal pincelada literaria, que no es frecuente en el estilo sobrio aunque no farragoso del marino ruso, confiere al final de su relato un encanto de trasfondo histórico.

Dice muy certeramente Charles Morazé que no hay testimonio histórico válido sin que el autor haya tratado en él de *sociedades, economías y psicologías* (36). Seguramente sin proponérselo deliberadamente, el marino ruso Vasilii Mikhailovitch Golovnin cumplió con esta íntima e inexorable norma del saber histórico que sólo en los últimos tiempos se viene formulando y esclareciendo científicamente. El hecho es que su relato, tan rico en luces y matices sobre el mundo peruano en esa hora decisiva de su destino, se incorpora a la bibliografía de nuestra independencia como un solitario testimonio ruso, no por eso menos válido y sugestivo, sobre el Perú en el pórtico mismo de su Emancipación.

36. Charles Morazé, *L'Histoire et l'unité des sciences sociales*, en: *Annales* (Economies, Sociétés, Civilisations), Paris, marzo-abril de 1968, Nº 2, p. 233.

VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO EN LA CORBETA "KAMTCHATKA" EN 1817, 1818 y 1819

Por Vasilií Mikhailovitch Golovnin

CAPITULO II

Navegación desde Río de Janeiro, por el Cabo de Hornos, y llegada al puerto del Callao en la costa del Perú

Cuando estuvimos en Río de Janeiro (desde el 6 hasta el 23 de noviembre de 1817), el Embajador de España, que me había invitado por intermedio de nuestro Cónsul, me pidió un servicio muy importante para la Corte de España. El hecho era que desde que los portugueses se habían apoderado de Montevideo, las relaciones entre ellos y los españoles eran muy malas. Las principales potencias europeas quisieron mediar entre los dos, y el Embajador de Portugal residente en París les prometió que su corte iba a devolver Montevideo a los españoles. Pero en realidad los portugueses enviaban continuamente refuerzos de Río de Janeiro a Montevideo (todavía cuando estuvimos nosotros 3.000 soldados quedaban allí listos para embarcarse). Y cuando el Embajador de España pedía explicaciones de tales asuntos, le daban unas respuestas tan hirientes y altaneras que casi las consideraba como declaraciones de guerra. Hablándome de las notas que le enviaban los Ministros, el Embajador me dijo un día: "Cada rasgo de pluma del Ministerio brasileño constituye una declaración de guerra".

El Embajador de España debía informar cuanto antes al Virrey del Perú del estado de las relaciones entre ambas Cortes. Así lo exigía la seguridad de las posesiones españolas en la América del Sur. Pero como no tenía ninguna posibilidad de hacerlo, acudió a mis servicios y me pidió que, considerando la amistad y buenas disposiciones de nuestro Emperador para con España, aceptara pasar por Lima en mi viaje y llevar allí sus cartas. Como tenía yo tiempo suficiente, y esta comisión no me imponía el más mínimo cambio de la ruta que tenía que seguir con la *Kamtchatka*, acepté gustoso prestar este servicio a la Corte de España, que, según me lo aseguraba nuestro Cónsul General, sería grato a su Majestad Imperial. Sin embargo a nadie había hablado de este asunto; hasta que el día 23 de noviembre anuncié que nos dirigíamos al Perú.

Dispusimos en la cubierta todas las armas, pólvora, mechas etc., para estar siempre listos al combate. Esta precaución necesaria fue dispuesta por mí como consecuencia de las noticias que me dieron en Río de Janeiro, según las cuales los insurgentes españoles de América del Sur acometían

a los barcos de todas las naciones, con excepción de los ingleses, y, basándose no sé en qué rumores, consideraban desde hacía poco tiempo a los rusos como aliados del Rey de España. Estos republicanos acababan de tomar presos dos barcos mercantes portugueses que venían de la India. Ante la reclamación de la Corte del Brasil, los insurgentes devolvieron los barcos y condenaron al corsario a pagar las pérdidas, que ascendieron a 30.000 pesos. Dicho corsario fue armado en los Estados Unidos de América por cuenta de su Cónsul residente en Buenos Aires y toda la tripulación era americana.

Hasta el 30 de noviembre no hubo nada que señalar; pero el 30, con 34 grados de latitud y 48 y medio de longitud, encontramos súbitamente un barco ruso, o mejor dicho un barco que enarbolaba el pabellón ruso, aunque no tenía ni un ruso a bordo. El barco se llamaba *Dvina* y pertenecía a un comerciante de Arcangelsk, de nombre Brant. Su capitán era un alemán llamado Spratt. El barco había dejado Arcangelsk el 3 de setiembre de año pasado y llegado a Hamburgo en noviembre del mismo año. Saliendo de Hamburgo en diciembre, llegó a Buenos Aires el 7 de agosto; y el 27 de noviembre salió de Buenos Aires con rumbo a Hamburgo. No quise detenerlo para darle cartas, y sólo le dí una nota para que llegando a Hamburgo anunciara en los periódicos dónde nos había encontrado, que nos iba bien y que todos estábamos con buena salud. El Capitán de este barco nos dió informaciones sobre el trato de los insurgentes a los rusos, muy diferentes de lo que nos habían dicho en Río de Janeiro. Me contó que no sólo lo trataron bien y actuaron con toda justicia y horadez en sus asuntos de comercio, sino que le manifestaban un respeto más grande que a los demás capitanes de barcos mercantes. Siempre le daban el nombre de "Capitán de la gran nación".

El 1º de febrero de 1818, con 15 grados de latitud y 77 de longitud, entre las 7 y 8 de la noche, vimos de pronto a la izquierda una luz bastante grande, al parece a unas 4 millas de distancia. Aunque no podíamos divisar el barco por la velocidad con que pasaba, se trataba evidentemente de una embarcación que seguía un rumbo opuesto al nuestro. La luz continuó visible hasta casi las 10 de la noche, y luego desapareció. Algunos de nuestros oficiales vieron una segunda luz cerca de la primera. Estos fueron los primeros barcos que encontramos en el Cabo de Hornos, del Pacífico.

En la mañana del 2 de febrero se levantaron unas nubes que luego se convirtieron en neblina y cubrieron el horizonte. La neblina pasó al poco tiempo pero el cielo quedó cargado. Pensando que no podríamos observar el sol a medio día, tomé al amanecer el rumbo noreste, para acercarnos a la costa, muy al sur de Lima. Siguiendo después la costa lo más cerca posible, sería más fácil encontrar la isla que constituye la única señal para ubicar el Callao, si no se ha estado antes en el puerto. Hacia medio día

se aclaró un poco el cielo y salió el sol, pero el horizonte era tan oscuro que la latitud que encontramos de 12°44' no podía ser justa. Debíamos de encontrarnos muy cerca de la costa, pero el tiempo nublado no nos permitió verla hasta la una de la tarde. Entonces observamos unos montes altísimos, en tres hileras, la última de las cuales era mucho más alta que las dos primeras.

Al ver la costa nos fuimos acercando con más ánimo, y a las dos de la tarde nos encontramos a 10 millas de tierra, con 180 metros de fondo; un fondo de barro verde con pequeñas piedras. A las 3 llegamos hasta 5 millas de la costa mas cercana, que parecía una isla.

Temiendo perder sitio, si acaso había una corriente hacia el norte, nos pusimos al paio hasta la mañana. Una espesa neblina y una obscuridad húmeda nos mantuvieron cerca de la costa de Lima hasta el 7 de febrero. En esta fecha llegamos en la tarde al puerto del Callao, pero por falta de viento tuvimos que anclar en la misma entrada del puerto a las 3 de la tarde. Tres días antes habíamos visto cerca de la costa dos pequeños corsarios insurgentes, que no se atrevieron a acercarse a nosotros, sin embargo de prender y robar barcos españoles hasta al lado de los mismos puertos.

Apenas echamos ancla cuando vimos un bote que venía hacia nosotros de los buques anclados en el puerto. Llegó a las 5 enarbolando en su popa la bandera española de guerra. Pensábamos que venía algún oficial, pero se averiguó que no era sino un simple cabo que llegó a preguntarnos qué barco era el nuestro, de dónde venía, etc., y también si no teníamos cartas de España. Le dimos contestaciones satisfactorias a sus primeras preguntas, pero no le mencioné las cartas del Embajador por no atreverme a entregarlas a una persona de poca importancia.

Ni el cabo ni sus remeros conocían otro idioma fuera del castellano, por lo que tuvimos que conversar como se pudo. No obstante, supimos por él que ocho meses antes habían pasado por el Callao dos grandes barcos rusos con rumbo a América del Norte (eran los barcos de la compañía ruso-americana *Kutuzov* y *Suvaroff*, bajo el mando del capitán Gagmaister). Nos dijo también que Valparaíso quedaba en manos de los insurgentes, que tenían allí 6.000 soldados, mientras que Concepción seguía bajo el mando del Rey con 7.000 soldados. Asimismo nos dijo que los insurgentes tenían numerosos corsarios cerca de la costa de acá, muchos de los cuales eran ciudadanos de los Estados Unidos de la América del Norte con patentes del gobierno de la nueva República. Estas fueron las primeras noticias que recibimos de los primeros españoles que llegaron a nuestro barco.

Antes de marcharse nos dijeron que al día siguiente, cuando nos acercáramos más, vendría a visitarnos el capitán del puerto. Sin embargo, como quería enviar al Virrey sus cartas cuanto antes, y además que le fueran entregadas por un oficial nuestro, no quise esperar esa visita y al día siguiente envié en la madrugada al Callao al Teniente Barón Vrangél, para

que preguntara al Comandante si iba a contestar nuestra salva de artillería con número igual de disparos, y le pidiera autorización para ir a Lima con un guía para ver al Virrey; envié con él a Sarelíer, empleado de décimo tercera clase, para que comprara carne fresca y verduras. En el caso de que Vrangél fuera a Lima, tenía también que traerme la contestación a mis preguntas. Al amanecer vimos en el puerto cinco grandes buques españoles que habían llegado en la noche. Supimos después que estos barcos habían llevado 4.000 soldados a Concepción, después de lo cual bloquearon Valparaíso y venían ahora al Callao para recibir reparaciones. A las 9 de la mañana se levantó un viento ligero del oeste y enseguida nos pusimos en camino para entrar, pero el viento cambió al sur y se hizo más fuerte, por lo que tuvimos que realizar maniobras. Sólo a las 2 entramos en la rada. Al llegar encontramos a Sarelíer que regresaba de la ciudad. Nos dijo que los españoles iban a contestar nuestra salva disparo por disparo y que Vrangél se dirigiría a Lima a las 3 de la tarde, en cuanto recibiera la autorización del Virrey.

Al acercarnos al fondeadero hicimos una salva a la fortaleza con 7 cañonazos y nos respondieron disparo por disparo. Poco tiempo después de haber echado el ancla recibimos la visita de varios señores españoles entre los cuales vino el director de la Aduana, quien expresó que quería felicitarnos por nuestra llegada y conocernos. Al principio no sabíamos que recepción hacerles, pues habían llegado en bote grande, con bandera militar y el cabo de pié, lo que indicaba a gente de importancia. Sin embargo todos vestían algo así como camisetas de tela y pantalones anchos, sombreros redondos y no usaban corbata. Sólo más tarde supimos que todos usaban aquí este traje.

Después de tales visitas vino un oficial de parte del Capitán del puerto, acompañado por un italiano que le servía de intérprete. Lo enviaron para informarme que el Capitán del puerto había recibido orden del Virrey de mandar enseguida a Vrangél a Lima y darnos todo lo que yo pidiese para nuestro barco. Más tarde llegaron más visitas, entre las cuales había tres señoras, una de ellas esposa del General de aquí. Todos querían ver nuestro barco.

Vrangél regresó muy tarde por la noche y dijo que el Virrey le había recibido muy bien, pero que no pudo hablarle por no encontrar intérprete, ya que el Virrey no entendía ningún idioma fuera del español. Pero entre los que nos habían visitado en el día se encontraba un misionero, el Padre Francisco, que nos ofreció sus servicios.

El 9 de febrero a las 9 de la mañana fui a tierra para recibir al Capitán del puerto y al Comandante del fuerte. El Capitán estaba enfermo, por lo que me recibió su señora, una dama de edad, muy amable y atenta. El Comandante, que era un anciano de unos 60 años, me recibió en persona muy cordialmente. Después de estas visitas registré el sitio donde los

barcos toman agua fresca y regresé al mío. A las 11 nos acercamos más a la costa para que fuera más fácil llevar agua a bordo.

En la mañana tuvimos muchas visitas, inclusive una señora. Por la tarde vino un edecán del Virrey con una carta para mí. El edecán vestía un uniforme rojo muy suntuoso, con muchos galones y llevaba una espada. Le servía de intérprete Abadía, factor principal de la Compañía de las Filipinas, el mismo a quien nuestro Emperador había condecorado con la orden de Santa Ana de segundo grado, para premiar sus servicios a uno de los barcos de la Compañía Ruso-Americana. El edecán tenía instrucciones de invitarme a comer el día siguiente con el Virrey, y decirme que el Virrey iba a mandar por mí su propia carroza. Abadía me informó, como si fuera por su propia iniciativa, que el Virrey quería recibirme con cierta pompa y que podía llevar conmigo algunos de mis oficiales, pero que después de esto podía yo visitarle sin formalidades. Me dijo también que la carta que me mandaba el Virrey me haría ver hasta qué punto se sentía agradecido por los documentos que le había traído. Luego convinimos con Abadía todo lo necesario para el barco.

Por la tarde recibimos la visita del comandante del fuerte del Callao con algunos de sus oficiales, del secretario del Virrey (un hombre muy educado y de trato muy ameno) y de muchísimas damas que no nos dejaron tranquilos hasta después de la caída del sol. Lo más molesto era que ni ellas ni los caballeros que las acompañaban entendían ningún idioma que no fuera el suyo propio.

El 10 de febrero, después de las 8 de la mañana vinieron de tierra a informarme que la carroza del Virrey había llegado para llevarme y me estaba esperando. Enseguida me fui con algunos de mis oficiales al Callao, y encontré el coche en la misma entrada del puerto. Era una carroza inmensa, con vidrios por todas partes y tapizada por dentro con terciopelo carmesí, pero pintada bellísimamente por fuera. Estaba tirada por seis mulas de un mismo color; las viseras y los frenos estaban también forrados del terciopelo carmesí con bordados de plata. Los cocheros montaban la primera y la última pareja. Tanto ellos como los lacayos vestían libreas rojas de lana, con guarniciones de plata. Y la carroza se hallaba escoltada por dos húsares a caballo. El oficial que mandaron para acompañarme era el Comandante Plato, jefe de la guardia de a caballo del Virrey. Me anunció que el Virrey esperaba a comer a todos nuestros oficiales, y que había mandado por mí su propia carroza mientras que para los demás oficiales había otros coches listos.

Después de llegar a tierra fuimos a desayunar a casa del Comandante, quien nos había convidado el día anterior. Nos ofreció chocolate, agua fría y cigarrillos, pidiendo disculpa por la pobreza de sus muebles y servicio y quejándose de los insurgentes que le habían robado todo cuando se apoderaron de Santiago, capital de Chile, donde él era jefe de la artillería.

A las 11 de la mañana salimos del Callao y al cabo de hora y media

llegamos a Lima. La carretera es ancha, completamente recta y llana, por partes arenosa y por otras apisonada con piedras pequeñas. Del Callao a Lima hay dos leguas españolas, que son unos 11 kilómetros. A los dos o tres kilómetros de Lima empieza una alameda: en la carretera hay 4 hileras de árboles muy altos, que son unos sauces peruanos que se encuentran sólo en este país. Entre las dos hileras centrales pasa la carretera ancha para los coches, y a los dos lados hay unos pasajes estrechos para los peatones, bajo la sombra de los árboles. Cerca de la ciudad, a la mano izquierda, hay un jardín público muy largo lleno de toda clase de árboles frutales, mientras que a la mano derecha hay bosques de naranjales y limoneros.

El comandante Plato que nos acompañaba nació aquí, pero fue educado en España, donde sirvió en el ejército. Había estado prisionero de los franceses, pero se escapó y sentó plaza en un cuerpo de ejército nuestro, bajo el mando del general Sacken. Conocía a muchos rusos, de los que se expresaba con mucha alabanza y gratitud. Era un hombre cariñoso y hablador; por el camino me explicaba todo lo que veían nuestros ojos, citaba los nombres de todas las casas de campo y decía a quién pertenecían. No había ninguna de ellas que se pudiera llamar siquiera regular; bonitas o hermosas, ni pensarlo. La carretera en su conjunto parecía árida y el sitio despoblado. Fuera de los pasajes que he mencionado antes, no he visto nada digno de mención.

Al entrar en la ciudad se encuentra un gran arco de piedra, bastante bien hecho y adornado con columnas de estilo dórico, encima de las cuales se ve el escudo de armas de España, con varias decoraciones alrededor y una inscripción que indica que el arco fue construido en 1799, bajo el reinado de Carlos IV. Detrás del arco comienza la ciudad, que en nada corresponde a la hermosura de su portada. Pensaba yo hallar en Lima una ciudad hermosa, pero grande fue mi desengaño al ver que no hay en todo el mundo una gran ciudad que tenga tan pobre apariencia. Las calles son largas y rectas, pero estrechísimas y sucias. Las casas son todas de uno o dos pisos, bajas, pequeñas, con unos cómicos balcones de madera, con las paredes blanqueadas con cal, pero tan mal que todas parecen enlodadas. Casi todas las casas tienen delante un patiecito pequeño al cual se entra desde la calle por un zaguán estrecho. En los muros de ambos lados de estos zaguanes están groseramente pintadas unas figuras, en su mayor parte soldados a caballo con sables en la mano, que parecen estar allí de centinelas. Las iglesias son grandes pero bajas y decoradas por fuera con una multitud de columnas y de relieves distribuidos sin ningún gusto.

Después de pasar por tres calles llegamos a una plaza grande muy sucia y llena de comestibles. Todo se vende allí: carne, verduras y frutas. Es un mercado, ¡pero quién pudiera imaginar que este sitio tan desaseado fuera la plaza principal de la ciudad! A un lado de la plaza se encuentra la Catedral; al otro, el Palacio del Virrey, donde también están las oficinas del gobierno. Frente al Palacio y la Catedral hay lo que llamaríamos

nosotros casas de comercio. Son edificios grandes de dos pisos, con portales, donde se vende de todo.

Al llegar al palacio del Virrey nos recibió un funcionario militar, con su uniforme con dos charreteras. En la antesala se hallaban formados los guardias, que eran unos cuantos granaderos. En la puerta de la primera sala estaban de guardia dos hombres, que por su vestido no parecían gente de milicia, pero tenían alabardas. En la primera sala había algunos oficiales, y en la segunda, el mismo Virrey con muchas otras personas con uniformes o con vestidos a la francesa. El Virrey vestía un uniforme azul con cuellos y solapas rojas ricamente bordados de oro; tenía al lado izquierdo dos estrellas y llevaba la banda de la orden de Isabel la Católica. El Virrey, sin decirme una palabra, me condujo a las salas interiores, y los demás nos siguieron. Después de haber atravesado dos o tres habitaciones, llegamos a una sala grande muy lujosamente arreglada. En la parte principal estaban colgados una imagen religiosa y el retrato del Rey, debajo de los cuales se encontraba un gran sillón con dos sillas a sus lados. El Virrey se sentó en un sofá y me hizo sentar a mi también allí. Mandó a un funcionario con uniforme bordado y condecoraciones, a quien él llamaba "señor Intendente", que se sentara a mi lado. Este Intendente hablaba francés y tenía que traducir nuestra conversación. A todos los demás, tanto a nuestros oficiales como a sus propios funcionarios, el Virrey pidió que se sentaran más lejos.

Para empezar, el Virrey me preguntó como me hallaba de salud y si había llegado al puerto sin novedad. Después de responderle pedí al Intendente que expresara mi agradecimiento al Virrey por haberme atendido y por haberse servido enviarme una carta muy halagadora. Me preguntó en seguida el Virrey qué noticias había de Europa y de Río de Janeiro, y cómo me gustaba el país, etc. Después de haber conversado como una media hora nos invitó a visitar a la Virreina. Fuimos más adentro del Palacio y entramos en una sala grande donde estaba la Virreina sentada con cuatro o cinco caballeros vestidos de seda azul celeste y con zapatos bajos. Todos los vestidos eran de igual color y forma; eran los caballeros de la corte virreinal. El Virrey nos presentó a la Virreina, y como ella no sabía distinto idioma del español, nuestra conversación no pudo durar mucho tiempo. Vestía la Virreina un traje sencillo de seda rayada, pero con riquísimas perlas y piedras preciosas. Estaba sentada en un sillón y tenía debajo de sus pies una almohada de terciopelo carmesí con franjas de oro.

A las 2 nos fuimos a comer. Pregunté de antemano a Abadía si se acostumbraba llevar a las señoras a la mesa, como se hacía en Europa, pero me dijo que no tenían aquí esa costumbre, y que las señoras pasaban solas delante, y los caballeros las seguían: De modo que iba por delante la Virreina, seguida por su hija, una señora joven esposa de un general que se encontraba en Chile; luego venía el Virrey, a su lado yo y detrás de nosotros nuestros oficiales (éramos cinco rusos) y todos los demás. Después de

haber atravesado varias salas y un gran arco que se encontraba cerca del jardín, entramos al comedor. El Virrey se sentó a la cabecera de la mesa; a su mano derecha se sentó la Virreina y a mí me hizo sentar a su mano izquierda. Al lado de la mesa, frente al Virrey, estaba sentada su hija; a sus lados el Intendente y otro funcionario de importancia. A mi lado estaba sentado el Comandante General de las tropas de aquí, que era nuestro intérprete. Mis oficiales quedaron acomodados en diferentes sitios. En total éramos alrededor de la mesa unas 30 personas, entre las cuales había un eclesiástico.

El servicio de mesa no era como de Virrey: unos platos ordinarios de loza, cuchillos y tenedores de plata. La comida consistía en un sin número de platos guisados al gusto español, es decir, con mucho aceite y con ajos. Había carne de vaca, jamón, salchichas, palomas, pavos, varias otras aves, etc., con salsas y muchos aderezos. Muchas verduras y frutas de toda clase, pero nada de pescado. Sólo había vino tinto, y no lo convidaban, sino que cada uno se servía y bebía, cuando y cuanto quería.

Después de la comida regresamos a la misma sala de antes, donde nos sirvieron café, licores y cigarros puros. Una hora después, enterados por Abadía de que era ya tiempo de marcharnos, porque los españoles hacen siesta después de la comida, nos levantamos y nos despedimos. El Virrey nos acompañó por dos salas, y nos hizo decir que su Palacio y su mesa quedaban siempre a nuestro servicio, que podíamos visitar toda la ciudad y que iba a mandar que nos enseñaran todas sus curiosidades.

En el Palacio del Virrey muchas habitaciones estaban arregladas con gran magnificencia, mientras que otras eran, al contrario, demasiado sencillas. A mí me pareció el mejor y más adecuado adorno una pintura trazada con bastante arte en la puerta del despacho del Virrey, que representaba a la diosa de la Justicia, del tamaño de una persona humana. Con todo, puede ser que no siempre le ayude la diosa con sus consejos.

Al salir del Palacio del Virrey nos dirigimos a la Catedral. Este enorme edificio no parece en nada ser hecho de madera; afuera hay una multitud de columnas y relieves, mientras que por dentro no hay nada especial, fuera de su inmensa riqueza. En la capilla principal hay un altar redondo de plata maciza; las dos hileras de columnas, los balaustres, los candelabros, las lamparitas, y los pedestales de las estatuas de los santos, son todos de plata, y hasta mucha imágenes también lo son.

De la Catedral nos fuimos a la casa de Abadía y luego por la tarde volvimos al Callao; yo con dos oficiales en el coche del Virrey y los demás en otros coches. Pero antes de salir de Lima visitamos al Almirante en Jefe de las fuerzas navales, que me había enviado por la mañana a un oficial para felicitarme por la llegada. Al pasar por la Alameda antes mencionada vimos, en ambos lados de la carretera, a muchísimas señoras y caballeros que se paseaban por allí. Muchos de ellos nos saludaron. A las 5

de la tarde me hallaba de regreso en mi barco, después de haber pasado un día muy entretenido.

El 11 de febrero me quedé todo el día en el barco cargando agua y leña. No ocurrió nada de importancia, tuvimos pocas visitas; en tanto que el día anterior 10 de febrero, que fue domingo, llegaron de Lima todo el día damas y caballeros para conocer el barco. Los oficiales que se quedaron a bordo me contaron que un grupo de damas y caballeros llegaron con guitarras. Después de haber visitado el barco se sentaron en la cubierta y pidieron permiso para bailar. A nuestros oficiales les pareció esto muy extraño, pero un irlandés que estaba presente les dijo que tal era la costumbre de aquí, y que el grupo era de gente honrada. Bailaron por parejas (un caballero y una dama) un baile español; la noche siguiente también, cuando algunos de nuestros oficiales se paseaban por la orilla, les invitó un español acaudalado diciéndoles que tenía ese día una reunión de gente de bien, llegada desde Lima. Siempre viene mucha gente de Lima al Callao, donde se bañan en el mar. Los oficiales encontraron allí muchísimas damas y bailaron.

En general hemos encontrado a los españoles muy educados, amables, y parece que tienen simpatía particular hacia los rusos. Los demás pueblos de Europa han sido muchas veces sus enemigos, les han robado, han destruido o dañado sus negocios, mientras que Rusia nunca les ha hecho daño alguno. Muy por el contrario, en su última guerra con Francia, Rusia contribuyó a libertarlos de la dominación extranjera. Los españoles mismos lo admiten y se sienten agradecidos al Emperador de Rusia. La mayor parte de nuestros visitantes venían a nuestro barco para ver el retrato de Su Majestad que se encontraba en mi camarote.

El 12 de febrero a las 9 de la mañana salí del Callao para Lima llevando conmigo a tres Tenientes. Uno de ellos, Teopampo Lutkveeky, me ha acompañado siempre en todo nuestro viaje en ocasiones semejantes. Era el único que hablaba bastante bien el idioma inglés conocido en todos los pueblos marítimos habitados por europeos, de manera que me resultaba muy útil y provechoso. Parece conveniente indicar aquí que para viajes como el nuestro será indispensable mandar oficiales y tenientes que conozcan idiomas extranjeros. Pues desgraciadamente sucede algo muy extraño: caballeros nuestros que han escogido vivir en Rusia saben varios idiomas y ni siquiera hablan unos con otros sino en francés, mientras que entre los marinos hay muy pocos que sepa uno o dos idiomas extranjeros, aunque muchas veces tengan que salir fuera del país y tengan que tratar allí con extranjeros, ya sea por asuntos del servicio o por su propio gusto. Si los cadetes de la Escuela Naval compendieran qué pena y qué vergüenza experimenta un oficial que se encuentra en un país extraño al no entender un idioma extranjero, harían todos los esfuerzos por estudiarlos.

Nos dirigimos a Lima en dos coches de alquiler, cada uno tirado por dos mulas. Estos coches, que sólo tienen dos ruedas, se llaman aquí balancines. En toda mi vida no he visto coches más cómicos, más sucios y más pobres que los de aquí. Los que sirven entre nosotros en Petesburgo para transportar a las compañías de cómicos, casi pueden considerarse lujosos si se los compara con los coches de alquiler limeños. Por fuera están tan enlodados que no se puede esperar más; apenas se puede ver el color de la pintura. Por dentro, toda la tapicería está rota con lo que quedan al desnudo unas tablas y unas viseras cubiertas de polvo y telarañas. Con sus dos ruedas y sin muelles, sacuden mucho a los pasajeros y resultan muy pesados para los caballos. Las mulas no son sino hueso y pellejo, y los arneses están rotos. El cochero, un negro, monta la mula y lateralmente está apenas abrigado por unos andrajos, a través de los cuales brilla en varias partes su negro cuerpo. Está mal calzado y sin afeitarse y lleva además unas espuelas de tamaño espantoso atadas con sogas o correas. En esta clase de coche nos encaminamos a Lima vistiendo traje civil y de incógnito.

Llegamos alrededor de medio día a la casa de Abadía. Después de haber decidido con él todo lo necesario para abastecer el barco, disponiéndolo de modo que pudiéramos zarpar el domingo siguiente, 17 de febrero, fuimos a visitar la ciudad. Nos hizo ver tres conventos: La Merced, San Agustín y Santo Domingo. Los tres son muy grandes, de dos pisos, con tres o cuatro claustros interiores, alrededor de los cuales hay amplias acquerías en los dos pisos. Por su gran tamaño estos edificios más parecen cuarteles que conventos. El interior es muy limpio, las iglesias están llenas de riquezas y los altares son todos de plata. El altar más lujoso de todo Lima, consagrado a Nuestra Señora del Rosario, lo hemos visto en el convento de Santo Domingo. Está a la mano derecha del altar principal. Aunque la capilla es muy alta, el altar no tiene nada que no sea de plata, desde el piso hasta el techo. Las columnas, los pedestales, las rejas, todos los adornos de arriba y de abajo, las lámparas, los candelabros y las imágenes de los Santos, todo está hecho de plata. Las aureolas de la Virgen, y del Niño Jesús que tiene en sus brazos, están adornados con una multitud de piedras preciosas de las más ricas; lo mismo se puede decir del vestido que llevan. El Convento más grande de Lima es el de San Francisco, pero no fuimos a visitarlo porque no tiene nada especial fuera de su tamaño. Quisimos ver algunos conventos de monjas, pero nos dijeron que la entrada estaba rigurosamente prohibida a todo hombre. Lima tiene tantos conventos y monasterios como cualquier otra ciudad española del mismo tamaño.

Después de los conventos fuimos a ver el río Rímac, que pasa por la ciudad no muy lejos del Palacio del Virrey y cerca de una iglesia que pertenece a los Jesuitas. El río es muy angosto (no creo que tenga más de 100 metros) y su corriente es muy rápida. Tiene un elegante puente de piedra.

Cenamos con Abadía. Como es factor principal de la Compañía de las Filipinas, vive con los demás oficiales de ésta en una casa muy amplia que pertenece a la compañía. Cada uno tiene sus aposentos particulares pero todos tienen mesa común. Fue muy buena la comida y lo raro es que, a diferencia del habitual gusto español, ningún plato estaba condimentado con ajo. A las 5 de la tarde salimos de Lima y las enflaquecidas mulas apenas pudieron llevarnos de Lima hasta el Callao, por lo que llegamos al barco tarde, en la noche. En el barco me informaron que algunas de las personas que conocí en el Palacio del Virrey habían venido durante el día a visitarme.

El 14 de febrero, a las 7 de la mañana, volví a Lima con algunos de nuestros oficiales para visitar el Arsenal de Artillería y la Casa de Moneda, que debían enseñarnos ese día según la orden del Virrey. Llegamos directamente donde Abadía y fuí primero con él al Palacio del Virrey para despedirme y darle las gracias por la buena acogida que nos hizo. Sin embargo, el Virrey no quiso que me despidiera entonces y me persuadió a que fuera a comer el sábado 16, sin ceremonias, a su mesa familiar.

Visitamos después el Arsenal y la Casa de Moneda. Los dos merecen muy poca atención si se los compara con los de Europa. El Arsenal comprende también unos cuarteles para los astilleros. Estaban bastante limpios y arreglados, pero todo especialmente preparado para los visitantes. Los oficiales vestían rico uniforme de gala, los soldados tenían uniformes limpios, todo se hallaba en su sitio y bien limpio en los cuarteles: se notaba que, evidentemente, habían recibido órdenes para prepararse a nuestra visita. Además, una pequeña fundición donde hacen morteros y cañones con el cobre que traen de Chile, un taller de armas donde reparan fusiles viejos y ponen cerrojos a cañones de fusil importados de Europa, otro taller donde se hacen cureñas de cañones de una madera local muy dura, una fundición de balas y varios talleres pequeños, constituyen todo lo esencial que tiene el Arsenal de Lima. Lo demás no vale nada. Hay muy pocos cañones grandes, así como armas pequeñas, de fuego y blancas. Me pareció interesante —y puede que sea algo que merezca ser imitado— el arreglo de la sala donde se enseña la ciencia de la Artillería. En las paredes de esta sala estaban colgados grandes mapas y diagramas de casi todos los asuntos de fortificación y artillería; de tal tamaño que, dondequiera que mire, siempre ve el estudiante algo referente a sus estudios y lo vé tan claro que es indudable que alguna impresión debe quedarle.

La Casa de Moneda sólo es importante por los muchos millones en oro y plata que han pasado por ella de América a Europa. En tiempos pasados la acuñación, la laminación y el corte de barras se hacían por medio de unas ruedas de madera muy primitivas. Ahora se usa una maquinaria de fundición hecha en Inglaterra. La maquinaria antigua subsiste, aunque ya no se usa. La maquinaria actual es hidráulica. Lo más curioso es que se encuentran pedazos de plata, chicos y grandes, tirados por todas

partes y nadie parece pensar que puede ser robada ni una onza. Muy diferente es lo que se ve en Europa, donde al salir uno tiene que escobillarse hasta los zapatos. Los obreros de la Casa de Moneda son negros y sólo todos los inspectores son blancos.

Ahora se trabajan en la Casa de Moneda 10.200 pesos diarios, pero no siempre tienen bastante plata, porque las principales minas se encuentran inundadas y hace muy poco que se ha traído de Inglaterra una máquina de vapor para secarlas. La tesorería también está vacía; ya no tiene los millones que en los tiempos pasados esparcía por Europa. Cuentan los españoles que antes consideraban la plata en tan poco, le hacían tan poco caso, que una vez mandaron a Europa 10.000.000 de pesos de plata en una sola nave, mientras que cualquier otro país hubiera mandado toda una escuadra para proteger cantidad semejante.

El 16 de febrero a las 9 de la mañana fuí a Lima, y salí a las afueras de la ciudad para visitar el Panteón, que así se llama aquí el Cementerio urbano. De por sí el edificio y el sitio no valen nada desde cualquier punto de vista, pero los españoles lo encuentran una maravilla y lo enseñan a los extranjeros como algo raro y fuera de lo común. El Panteón consiste en un edificio redondo, de altura y tamaño muy medianos, con dos alas pequeñas. Encima del centro del edificio se halla una pequeña cúpide, debajo de la cual hay un catafalco de lo más ordinario, sobre el que está colocado un ataúd de vidrio que contiene una representación de Cristo hecha de cera con muy poco arte. En el techo de la cúpula están pintados medianamente bien unos ángeles, querubines y serafines, en actitud de volar por varias partes. Al lado de esta capilla hay una extensión bastante amplia, cercada por un muro alto. Este sitio es el cementerio común de la ciudad. Sin embargo no tiene ningún monumento ni piedra sepulcrales, como se ve en otros países. Para el entierro de gente acaudalada, que puede pagar 200 pesos por el sitio, han construido unos muros de ladrillos que tienen cerca de 10 metros de largo, 2 metros del alto y los mismo de fondo. Estos muros tienen tres hileras de nichos que parecen desde afuera unas bocas de horno; se extienden casi todo lo ancho del muro y tienen un tamaño suficiente para que pueda entrar un ataúd. Después de colocar un ataúd en un nicho semejante, se tapa la entrada con ladrillos y barro. A veces ponen una lápida con inscripciones y epitafios, pero lo más común es poner un número, por lo que siempre se puede encontrar en los libros quién es el enterrado. Cuando se llenan todos los sitios en todos los muros sacan a los enterrados antiguos y ponen sus huesos en la tumba común mientras el nicho queda libre para nuevos muertos. En cuanto a los pobres, los meten sencillamente en la tierra.

Cerca del cementerio hay una fábrica de pólvora. La hemos visitado íntegramente. Pertenece a una persona particular que contrató con el gobierno proporcionarle pólvora por un precio bajo. Toda esta fábrica tiene

instalación hidráulica y, a lo que parece, está muy bien organizada y funciona excelentemente. Produce anualmente 100.000 quintales de pólvora. Me decía el Virrey que la pólvora de acá es tan buena como la inglesa y que en el tiempo de la invasión francesa a España se mandaron allí desde Lima 12.000 quintales de pólvora. La fábrica recibe azufre de Chile mientras que el salitre se produce cerca de aquí. Me pareció muy extraño el descuido de los españoles: el piso de las salas donde se muele, se lima y se seca la pólvora está hecho de piedra y hay encima muchas piedras sueltas. Con el movimiento de la gente que camina en la fábrica pueden muy fácilmente chocar estas piedras, producir chispas, y en un momento todo ese enorme edificio, que cuesta muchos miles de pesos, volaría en el aire.

Según mi invitación, cené este día con el Virrey, aunque él estuvo enfermo y no salió. La Virreina nos recibió en su mesa familiar y había pocos convidados. En nombre de su esposo, me dió la Virreina un bastón de carey con puño y cantera de oro y me pidió que lo aceptara como un recuerdo del Virrey y de mi estada aquí. Por la noche, al regresar a mi barco después de las 5, encontré que nos habían traído casi todo lo que necesitábamos, con lo que no habría ningún impedimento para nuestra partida.

El 17 de febrero a la salida del sol, empezamos a alistarnos para marcharnos. Mandé entretanto un oficial a tierra, para que diera al capitán del puerto y al comandante nuestro agradecimiento por la buena recepción y los agasajos que habíamos recibido. Al mismo tiempo arreglé con el comandante el asunto de las salvas y él dijo que nos contestarían con número igual de disparos. Hacia el medio día llegó Abadía con algunos de sus amigos, los mercaderes que nos habían suministrado varias cosas, con sus cuentas. Pasamos con estos señores como dos horas apuntando y pagando. Finalmente, a las 2 de la tarde se despidieron nuestros amigos españoles, con lo que enseguida levantamos ancla y salimos de la rada. Hice entonces una salva a la fortaleza con 7 cañonazos. No obstante la fortaleza no respondió en tanto que la fragata española disparó tres cañonazos. Viendo que la fortaleza no contestaba volví con mi barco a la rada y mandé a un oficial donde el Comandante para decirle que esperábamos una salva. En el momento que el oficial le informó del objeto de su llegada nos contestó la fortaleza con 7 disparos. A su regreso me dijo el oficial que el Comandante pedía muchas disculpas y que seña habernos detenido. Le echaba la culpa al jefe de la armada que se había encargado de contestar a nuestra salva. Enterado de que este español atrevido, había hecho tres disparos para contestarnos, dí yo la orden de disparar 3 cañonazos indicándole que era yo el que contestaba su salva. Arreglado de esta manera el asunto, fútil pero necesario, zarpamos después de las 4.

CAPITULO III

Noticias de Lima y del Perú

Lima, capital del Reino del Perú, fundada en el año 1535 por Pizarro, tan descollante en la historia del Nuevo Mundo, está ubicada en la costa occidental de América, cerca del gran Océano con 12°02' de latitud Sur y 66°54' de longitud Oeste de Greenwich. Se halla a unos 11 kilómetros de la costa en la cual se encuentra el puerto del Callao. La ciudad está en una planicie elevada, al pie de una montaña que pertenece a una ramificación de la Cordillera. Un cerro muy alto, llamado de San Cristóbal, se encuentra cerca de ella. Aunque sea una de las ciudades más ricas del mundo, los edificios de Lima son pobrísimos. La ciudad está planeada regularmente, de modo que todas las calles se cruzan en ángulos rectos y hay entre ellas varias plazas. Sin embargo las calles son muy estrechas, la mayor parte de las casas son de un piso; las hay también muchas de dos pisos, pero en bastante menor cantidad que de uno. Los edificios son todos de madera, y aunque están blanqueados de tal modo que parecen de piedra, en realidad sólo la base es pétrea. Son los fuertes terremotos los que obligan a los vecinos a usar madera y no piedra ni ladrillo. Los españoles tienen tanto arte para esta clase de construcciones que construyen de madera los edificios mayores. Con todo, ninguno de ellos merecería llamar la atención en una gran ciudad europea; salvo tal vez el Palacio del Virrey, por ser muy grande. Este Palacio ocupa una manzana íntegra y comprende no sólo las habitaciones del Virrey y de su personal, sino también todas las oficinas del Gobierno. Los conventos también son muy vastos, pero de arquitectura más sencilla. Cada uno tiene varios claustros alrededor de los cuales hay muchos portales en cada piso, como tenemos nosotros en los edificios de tiendas. El Rímac, que atraviesa la ciudad, tiene un puente de piedra; la gente de acá que nunca ha estado en Europa lo enseña como una maravilla de arquitectura, pero en realidad no merece que se le mencione.

Toda la ciudad está cercada por una alta muralla hecha de ladrillo crudo, o mejor dicho de pedazos cuadrados de barro secados al sol. Como nunca llueve en Lima, tales muros son bastante fuertes y se usan aquí en todas partes: sirven de cerco de patios y jardines, dividen tierras de cultivos, y hasta muchas casitas de campo están construídas con este barro. La muralla de la ciudad tiene cuatro o cinco portadas. He visto dos de ellas, construídas de ladrillos, con columnas y pintadas; se puede decir que son de bonita construcción.

El hecho de que en Lima nunca llueva merece la atención de los hombres de ciencia; creo que hasta no lo han explicado de modo satisfactorio. A 25 ó 30 kilómetros de Lima, en la Sierra, hay frecuentemente

fuertes lluvias, mientras que en Lima no hay lluvias ni truenos. Las crónicas locales enseñan que desde la fundación de Lima hasta la época actual sólo ha tronado tres veces: en 1552 hubo una noche dos relámpagos con truenos; en 1802, en la noche del 19 al 20 de abril, se oyeron ocho o nueve truenos; y el 12 de abril de 1804 hubo siete truenos.

Las casas de la gente rica tienen en su interior patios muy amplios y hasta jardines. La decoración y los muebles de los aposentos son todos a la antigua, extremadamente lujosos. En vez de papel, las paredes están cubiertas por riquísimas telas de seda; las cortinas de las ventanas son también de seda con borlas de oro y los muebles son de maderas preciosas talladas y a menudo doradas. Tuve ocasión de visitar cuatro casas donde ví esta antigua magnificencia. Los conventos y las iglesias de Lima son justamente célebres por sus riquezas; se puede decir que están llenos de metales preciosos.

Los españoles llaman a la región peruana Reino del Perú. Es uno de los cuatro Virreinos que constituyen las posesiones españolas en América. Cada uno de ellos está administrado por un Virrey, que tiene poderes casi ilimitados. Los Virreyes son independientes uno de otro. Los españoles los llaman por broma "reyezuelos" y la verdad es que parecen Reyes: tienen sus oficiales de Corte, su guardia, sus palacios inmensos, etc. Desempeñan este puesto de importancia cinco años, pero a veces se quedan más. El sueldo del Virrey del Perú es de 60.000 pesos al año, que corresponde a 300.000 rublos. Tiene además otras ventajas, una de las cuales es que no necesita pagar a una muchedumbre de criados necesaria para su categoría, porque en vez de criados utiliza para su casa a los soldados de su guardia. El título del Virrey del Perú es: Su Excelencia el Virrey, Gobernador y Capitán General del Reino del Perú.

La administración principal del Perú se ejerce por la llamada Real Audiencia, que comprende numerosos oficiales de varias categorías, pero que sin embargo casi no tienen ningún poder, ya que el Virrey los tiene todos. Además hay muchas otras oficinas del Gobierno, que cuidan las diversas partes de la administración de la región. Todas estas oficinas están llenas de funcionarios con sueldo muy alto.

Los asuntos de la Iglesia están dirigidos por el Arzobispo de Lima, que es la persona eclesiástica de mayor importancia. Este puesto es sumamente importante, casi igual al del Virrey y el sueldo del Arzobispo es el mismo que se da al Virrey. La Santa Inquisición, con sede en Lima, es también parte de la administración eclesiástica: tiene tres o cuatro miembros, cada uno de los cuales tiene un sueldo de 4.000 pesos al año para no hacer nada. Además del Arzobispo, el Virreinato tiene cinco Obispos. En cuanto a frailes, monjas, curas y misioneros, hay tantos, que cuando pregunté cuántos eran, me contestaron los españoles que era imposible contarlos.

Al rebelarse las provincias del Sur, trajeron algunas tropas de España, que ahora actúan en Chile; pero en tiempo normal las fuerzas del Perú son muy pequeñas y consisten en su mayoría en tropas irregulares.

Debe costarle mucho dinero al gobierno español mantener tropas en el Perú, puesto que además de los altos precios de los alimentos se les da a los soldados un sueldo muy crecido: cada soldado raso recibe aquí 18 pesos al mes.

Por su situación geográfica, Lima se encuentra en una región muy cálida, pero las particularidades locales hacen su clima no sólo soportable sino hasta agradable. Las neblinas que cubren casi siempre el litoral, y los vientos que soplan diariamente desde el mar, anulan la acción de los rayos verticales del Sol y refrescan el aire, especialmente en los meses de invierno, que son para este hemisferio aquellos en los que el Sol está al norte del Ecuador. En esa época las neblinas se mantienen sin interrupción por varios días y ocultan el Sol a los habitantes. La gente del país se queja entonces del frío, mientras que los europeos encuentran el clima muy templado. Estuvimos aquí nosotros en febrero, que corresponde a agosto en nuestro hemisferio, y no sentimos calor excesivo. Tuvimos muy frecuentemente unas neblinas secas y había a diario un viento fresco que soplaba del mar, desde las 10 de la mañana hasta la puesta del Sol. En los ocho días que estuvimos sólo una vez marcó el termómetro del barco 23° y medio Reaumur (29 centígrados). Normalmente indicaba 16, 17 ó 18 grados Reaumur. En tierra el calor era algo más fuerte, pero las observaciones hechas en Lima demuestran que en febrero, que es el mes más caliente del verano, la temperatura pocas veces sube más allá de 22° Reaumur, mientras que en invierno, en julio baja hasta 9° Reaumur. Como he dicho antes, nunca hay aquí lluvias, pero el mucho rocío que cae cada noche refresca el aire y fertiliza los campos de los alrededores de Lima, que producen verduras y frutas en abundancia.

La tierra de aquí produce en abundancia el maíz, que es lo que más se siembran porque es la comida de los indios. También se hace de él una bebida que se parece mucho a nuestro kvas, pero estropea bastante. También se alimenta con maíz los caballos, las mulas, los burros, el ganado y las aves. Es cierto que la tierra podría producir también cualquier otro cereal, pero por falta de número suficiente de labradores le importaba de Chile todos los alimentos necesarios, hasta que Chile proclamó su Independencia. Por esta razón todos los productos que antes llegaban de Chile son ahora acá carísimos.

La tierra fértil, sin embargo, sólo se encuentra en los llanos, entre la Costa y la Sierra; al empezar la Sierra todo se vuelve estéril y abandonado, pues la sierra no es sino una región pedregosa, con las cumbres cubiertas de nieve y de hielo. El hielo se lleva desde allí a Lima, donde se vende al por menor; además venden limonada con hielo en las calles, las sirven en los cafés, etc. Me extrañó mucho ver que en la mesa del Virrey sir-

vieran helados. El comercio de hielo está entregado en concesión: los concesionarios pagan al gobierno 30.000 pesos al año y este dinero lo toma el Virrey como parte de su sueldo.

Aunque los comestibles son caros, no falta nada. Tuve varias veces la ocasión de ir a Lima muy temprano por la mañana y siempre veía una muchedumbre de campesinos, hombres y mujeres, que llevaban a la ciudad recuas de burros cargados de verduras, frutas, etc., para venderlas. Los mercados están siempre llenos de aves y animales comestibles y todo lo demás necesario para la alimentación. La carestía debe producirse por exceso de dinero. Si un barco que llega tiene que pagar con plata, como lo hacíamos nosotros que vinimos en un barco de guerra, los precios parecen excesivos. Pero si uno puede cambiar los productos por mercaderías, encuentra todo muy barato porque las mercaderías europeas se pagan aquí carísimo. Sin embargo, hay que tener en cuenta que no se permite a los barcos extranjeros que entren al puerto para negociar. Trataré de este asunto más adelante. Por fértil que sea la tierra de los valles del Perú, no es esto lo que aprovechan los españoles, sino los montes, estériles y desnudos, que contienen las riquezas que atraieron a los españoles desde Europa. Tal vez en todo el mundo no hay minas de Plata tan ricas como las del Perú.

Además de las minas del gobierno, cada súbdito del Rey de España tiene el derecho de poseer minas de metales preciosos, pagando cierta proporción de las cantidades obtenidas. Muchos españoles obtienen grandes beneficios de este derecho. La revolución del Alto Perú y el agua que inundó algunas de las minas más ricas han reducido mucho la producción de plata, de modo que la Casa de Moneda de Lima se queda frecuentemente sin trabajo. Para secar las minas, algunos de sus dueños han utilizado máquinas de vapor.

La declaración de la Independencia de los vecinos de Buenos Aires y de Chile causó mucha desorganización en el Perú; todo lo necesario para la vida se puso demasiado caro, menos la sal que se encuentra aquí muy abundante en los lagos salados. Hay que considerar que Chile enviaba al Perú trigo, cáñamo, salitre, cobre, etc.; hasta la mostaza venía de Chile. Aun los negros comprados por los españoles en Río de Janeiro o en la costa de Africa, no podían llegar al Perú sino pasando por Chile. Generalmente llevaban a estos negros a Buenos Aires, y de allí seguían por tierra a Chile hasta el puerto de Valparaíso, por una distancia de 400 leguas, que es algo más de 2.000 kilómetros. De Valparaíso los conducían por mar al Perú. Se hacía así porque si hubieran sido llevados por el mar, todos los negros se hubieran muerto en el Cabo de Hornos por el frío y por las tempestades. Ahora todos estos abastecimientos han terminado, y además las naves republicanas circulan cerca de los puertos y se apoderan de los mercaderes que vienen de Europa: se esfuerzan por compensar sus pérdidas con los precios altísimos que piden por lo que venden.

Los marinos republicanos son tan activos y arrojados, que uno de ellos apresó hace poco a un barco extranjero que venía de las Indias con varias mercaderías y valía 800.000 pesos, o sea 4.000.000 de rublos. Las fuerzas navales realistas son dos o tres fragatas muy malas y otros tantos "Sloops" de igual calidad. Cuando de estas fragatas estaba bloqueando el puerto de Valparaíso cuando se dispuso a entrar una corbeta militar de los Estados Unidos de Norteamérica. El capitán de la fragata española le anunció que el puerto estaba bloqueado por lo que no debía entrar; pero Biddle le respondió que si la fragata quería detenerlo, tendría que usar la fuerza y que él iba a defenderse y que no obedecía a palabras. El resultado fue que entró en el puerto y el español no se atrevió a recurrir a la fuerza.

Al llegar a Lima, también nosotros vimos cerca del puerto a dos barcos republicanos. El gobierno español no tiene por aquí bastantes barcos de guerra para reprimir ni siquiera las pocas fuerzas que tienen ahora los republicanos. Estos cruceros insurgentes están en su mayor parte armados, por cuenta propia, por ciudadanos de los Estados Unidos de Norte América. Reciben patentes del gobierno de Buenos Aires, enarbolan su pabellón y van por todos los mares donde se encuentran barcos españoles, de los que se apoderan sacando de estas presas muchísimo provecho. No se conoce todavía en Europa la bandera de ésta República, que tiene tres bandas horizontales de igual tamaño, una blanca en el medio y dos azules (*sic*) a los costados.

El comercio peruano podría ser muy importante si estuviera abierto a los europeos o si los españoles fueran tan activos como los ingleses. Pero ahora está muy reducido. Se sabe que el gobierno español aplica a sus posesiones no europeas un sistema colonial rígido y no permite a ningún barco extranjero entrar en sus puertos para hacer negocios. Todo el comercio tiene que hacerse por súbditos españoles y barcos españoles; sólo Manila en las Islas Filipinas y La Habana en Cuba, quedan abiertas para todos los europeos. Con el carácter poco activo y perezoso que tienen los españoles, muy pocos comerciantes se atreven a mandar sus barcos tan lejos, por lo que se puede decir que el comercio de América está casi estancado. Por otra parte, los impuestos excesivos también lo reducen mucho. Ahora se paga doce por ciento por todo producto español y 36 % por todo producto extranjero. Estas restricciones ocasionan una carestía tremenda y provocan un contrabando atrevidísimo, cuya ruta principal, usada por los ingleses, viene de Jamaica pasando por el Ismo de Darién o de Panamá. Los funcionarios del Virrey me decían que con este contrabando los ingleses reciben anualmente del Perú unos cinco o seis millones de rublos.

Además de este negocio desde Jamaica, los activos ingleses tampoco pierden en el Océano Pacífico la ocasión de aprovechar la debilidad de los españoles. Los que siguen este negocio generalmente actúan de este modo: cargan su barco de toda clase de mercadería inglesa y lo mandan

más allá del Cabo de Hornos a cazar ballenas. Después de matar una o dos ballenas y llenar algunos barriles de grasa, entra el barco a un puerto peruano o chileno con el pretexto de reparación o de falta de alimentos. Entre tanto se conectan con los contrabandistas del puerto. Se ponen de acuerdo para desembarcar la mercadería en algún sitio apartado. Va allá el barco, entregan sus mercadería y reciben sus pesos. Hemos encontrado en el puerto de Lima un barco inglés, apresado por los españoles por haber querido entrar en Valparaíso. El sobrecargo o contador del barco nos contó él mismo cómo al ver llegar la fragata española que se les acercaba cuando estaban por entrar en el puerto, los ingleses arrojaron rápidamente el agua dulce que tenían menos un barril y pretextaron que la falta de agua les obligaba a entrar en el puerto. Por esa razón exigieron que los españoles liberaran el barco. Pero los españoles, viendo la cantidad enorme de mercaderías que había en el barco inglés, sostuvieron que querían entrar en el puerto de Valparaíso para negocios y no por necesidad. Cuando salimos de Lima, todavía estaba el caso pendiente.

Respecto a los productos que se pueden exportar del Perú, los principales son los pesos de plata que en este país se pueden considerar como mercadería. Hay también pequeñas cantidades de productos naturales como quinua, zarzaparrilla, algodón y lana de vicuña. Pero no se puede llenar un barco con estos productos. Muchas veces las naves españolas salen del Perú con rumbo a España sin ningún cargamento; no llevan sino el dinero que les pagaron por la mercancía que trajeron. Cuando estuvimos en el Callao encontramos allí un barco listo para regresar a Cádiz, que llevaba como lastre 600.000 nueces de coco. Probablemente tendrán que arrojar al agua más de la mitad de las nueces, pero de todos modos les saldrá más provechoso que llevar el barco cargado de piedras.

El comercio entre las varias regiones de la América española de la costa del Pacífico se hace casi todo por mar. Las altas montañas no permiten la comunicación por tierra, fuera de algunos lugares, en los llanos, cerca del mar. Entre el Perú y Chile no hay ninguna comunicación por tierra porque la Cordillera entre esas dos regiones no se puede pasar. El comercio que se puede llamar de la costa consiste en llevar de una región a otra los productos naturales de cada una. Sólo de Panamá llevan al Perú varias mercaderías europeas de las llegadas allí desde Portobello, hasta el cual llegan desde España por el Atlántico. Entre tanto las regiones hispano-americanas hacen intercambio de sus productos. Antes de la revolución se llevaban de Chile al Perú: trigo, cánamo, cobre, azufre, etc. De California llegan no sólo trigo, manteca y cueros, sino también carne seca de vaca. La Compañía de las Filipinas manda al Perú los productos de las Indias Orientales. Para esto hay en Lima una oficina de la Compañía comercial, dirigido por dos administradores enviados desde España por seis años.

Los habitantes del Perú alaban mucho su país y los españoles que lo habitan hacen lo mismo. Dicen que los únicos inconvenientes son los

frecuentes terremotos y la política del gobierno español en sus colonias; y agregan que este segundo inconveniente es mucho mayor que el primero. Hasta ahora casi cada semana hay aquí uno o dos temblores, pero son muy débiles y no hacen casi ningún daño. Sin embargo antes los terremotos hacían tremendas destrucciones y han convertido en ruinas varias veces una gran parte de Lima. El terremoto más espantoso y el último de estos sismos tan dañinos ocurrió en octubre de 1746 y destruyó la mayor parte de la ciudad. En el puerto del Callao este mismo terremoto destruyó las fortalezas y el muelle de piedras, arrojó a tierra y destrozó muchísimas naves con sus tripulaciones íntegras y ocasionó destrucciones tremendas en toda la región.

El mundo entero sabe que los habitantes de América española tienen completa razón en quejarse de la política de su gabinete; sienten hondamente estas vejaciones, hablan abiertamente de ellas y, con los ejemplos de Buenos Aires y de Chile, que tienen delante de sus ojos, están dispuestos en cualquier momento a proclamar su independencia.

El odio y el desprecio para con el gobierno llegan ahora al extremo. Dicen que tarde o temprano el Perú tendrá que independizarse de España, pero que ahora su destino depende del éxito de las fuerzas realistas en Chile. Si vencen los republicanos, el Perú proclamará inmediatamente su independencia y se unirá con ellos; en el caso contrario habrá que esperar un momento favorable.

Los limeños que ponen su esperanza en la debilidad de España y en la ayuda de una gran potencia marítima extranjera no tienen la menor duda del completo éxito de la empresa desde el momento en que empiecen a actuar. España se halla tan impotente y su gobierno es en estos países tan catastrófico, que hasta ahora no ha podido usar fuerzas importantes contra las provincias rebeldes; en tanto que otros países ayudan a estas provincias casi abiertamente, para el mayor provecho de su comercio, suministrándoles armas y toda clase de abastecimientos de guerra. El gobierno real en el Perú es muy débil; el Virrey teme a cada momento una revolución y trata como a prisioneros de guerra a los republicanos detenidos, a los que España considera como rebeldes y traidores. El Virrey no se atreve a emplear con ellos la más mínima violencia porque de otro modo se levantaría el pueblo.

Poco tiempo antes de nuestra llegada a Lima estuvo allí una fragata de guerra que pertenece a una potencia marítima europea. Esta fragata trajo de Valparaíso a un plenipotenciario de los rebeldes para discutir con el Virrey el cambio de prisioneros. Antes que el delegado viajara a tierra, el Capitán de la fragata pidió al Virrey su palabra de honor de que el plenipotenciario no sufriría ningún daño. El acuerdo no prosperó pero se permitió al plenipotenciario que volviera a la fragata, después de haber dejado en Lima 10.000 pesos para el abastecimiento de los presos republicanos, con el objeto de que no les falte nada; mientras que el gobierno

español no cuida en absoluto de sus súbditos detenidos por los republicanos. Este hecho sirvió mucho a la causa de los rebeldes, atrayendo a su lado a un gran número de los vecinos de acá. Pero ¿cómo se puede explicar el hecho de que el Capitán consintiera llevar en una fragata real de guerra a un emisario de las provincias rebeldes cuya independencia no ha sido todavía reconocida por ningún país? ¿Cómo puede haberlo hecho sin que lo autorizara su gobierno? Entonces ¿no quiere decir esto que dicha potencia da así a entender a los peruanos que está pronta a reconocer a toda la América española como una nación libre e independiente y no sólo a reconocerla como tal sino también a ayudarla? Porque, indudablemente el hecho de traer a bordo a un rebelde y obligar a las autoridades legales, a quienes le pertenecen, a que garanticen su seguridad, es ya una ayuda directa y eficaz.

Parece muy dudoso que pueda España algún día volver a conquistar América. El único problema es saber si los jefes de las provincias rebeldes serán bastante inteligentes y mantendrán la unión para conservar la integridad de estas posesiones y transformarlas en una sola gran república o en un solo reino si desean escoger un Rey, sin fragmentarlas en varios pedazos independientes unos de otros. En caso de mantenerse unidos los americanos occidentales serían dentro de poco una nación poderosa y rica, pues sus territorios tienen en su seno todo lo necesario para que sean una nación económicamente grande y próspera. Es varios puertos de estas provincias hay madera abundante y todo lo necesario para hacer barcos, se construyen fragatas en Guayaquil y en 1752 se construyó hasta un barco de línea.

El alejamiento de la sede del gobierno supremo, su debilidad y el descontento de los pobladores de estas tierras hacen que los asuntos de América no sean prósperos como serían si fuera América una nación independiente; entonces habría más cuidado, mayor celeridad y más devoción al gobierno. Ahora el Perú no tiene ninguna policía; aún entre Lima y el puerto del Callao es peligroso viajar de noche porque pueden robarle y matarle a uno. Eso ocurre aquí con frecuencia y el gobierno no toma ninguna medida para poner fin a tal daño. Cuando los robos y los asaltos se producen demasiado a menudo, sucede en ocasiones que los particulares, los jóvenes de buenas familias, se reúnen en grupo armado y salen a buscar fama en el campo del honor policíaco, es decir, a prender a ladrones. Si los prenden, el gobierno los juzga y los castiga, pero no los prende por sí mismo.

Entre el Perú y el Brasil vive un pueblo bárbaro muy belicoso, que se considera el más cruel de toda América y que hace mucho daño a quienes viven en el interior del Perú. Si estos indios se apoderan de un español, nunca muere en sus manos antes de tres o cuatro días. Entre tanto lo mantienen atado y le despedazan el cuerpo en varias partes, poco a poco para que dure más su pena y los salvajes se satisfagan más en verlo.

Tampoco el gobierno hace nada contra esos individuos, porque cualquier medida costaría mucho trabajo y muchos gastos; y en realidad el país está gobernado por españoles que después de unos años vuelven a Europa y no piensan más en el Perú, de modo que no participan ni en lo más mínimo en su bienestar. Atravesar la Cordillera para llegar a esa región salvaje es muy difícil especialmente para la artillería. Para sus operaciones en la sierra los españoles tienen unos cañones especiales, de un calibre de 4 libras. Cada cañón necesita tres mulas; una mula lleva el cañón, la otra la cureña y la tercera las ruedas. Cada mula puede llevar 10 arrobas, que son 250 libras españolas.

Los indios que viven en las ciudades españolas son mansos y sumisos, pero no olvidan su condición antigua. Abadía tiene un criado indio viejo, descendiente de los Incas. Cuando este criado sale a comprar comida para su señor en el mercado, donde los indios llevan todo, éstos le expresan a su modo el respeto debido a un príncipe descendiente de sus Reyes. Los indios que viven cerca de Lima son labradores y pescadores. No tienen ya la honradez de sus antepasados. Pedí a los pescadores que me trajeran pescado; les era fácil pasar a mi barco, pero con todo me pidieron un precio cinco veces mayor de aquel a que se vendía esta clase de pescado en Lima, a donde tendrían que llevarlo con burro por unos 11 kilómetros, mientras que al vendérmelo a mí no tenían necesidad de ir a tierra.

Todos los indios viven en pequeñas aldeas, en chozas hechas de barro seco. Apenas se encuentran las huellas de sus ciudades antiguas: a cinco leguas de Lima, o sea a cerca de 29 kilómetros, se hallan las ruinas de la capital india de Pachacamac. Pero se encuentran en tal estado que uno necesita que alguien le diga de antemano que son las ruinas de una gran ciudad. El hecho es que hace ya más de dos siglos y medio que los españoles están excavando todo el tiempo, buscando tesoros escondidos en la tierra, hasta no dejar piedra sobre piedra. Algunos de nuestros oficiales las han visitado y trajeron por curiosidad una calavera humana, pero no sé si española o india.

Para terminar diré que un barco que necesita repararse no debe entrar a Lima porque todo lo que se refiere a marina es allí demasiado caro, muchas cosas no se encuentran por ningún precio y hay que pagar también mucho a los obreros.